

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**LA IGLESIA,
COMUNIDAD EVANGELIZADORA**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA, 1983

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (nn. 1-3)

I.- SITUACIÓN DE NUESTRA SOCIEDAD

Entre la aspiración a la solidaridad y la tentación de insolidaridad

- Cara y cruz de la comunidad familiar (n. 4)
- El difícil diálogo generacional (n. 5)
- Pluralidad y enfrentamiento en el plano socio-cultural (n. 6)
- Pluralidad y partidismo en el terreno político (n. 7)
- Luces y sombras de nuestra solidaridad en el plano socio-económico (n. 8)

Entre el rechazo y la necesidad de la buena noticia

- Grupos sociales alejados (n. 9)
- Una franja generacional mayoritariamente ausente de nuestras comunidades (n. 10)
- Vacío ético (n. 11)
- Ateísmo y agnosticismo (n. 12)
- La imagen y la realidad de nuestra Iglesia (n. 13)
- Necesidad de motivos para vivir (n. 14)
- Insatisfacción y búsqueda de seguridad (n. 15)
- Juventud decepcionada y expectante (n. 16)
- La caída de las esperanzas y el resurgir de la esperanza (n. 17)

II.- SITUACIÓN DE LA COMUNIDAD ECLESIAL

Avances y tentaciones en nuestra vida comunitaria

- Redescubrimiento de la comunidad y pervivencia de las colectividades parroquiales (n. 18)
- Espíritu comunitario y espíritu sectario (n. 19)
- Comunidad diocesana o Iglesia universal (n. 20)
- Universalidad y localismo eclesial (n. 21)
- ¿Iglesia de los pobres? (n. 22)

Nuestras comunidades diocesanas entre la audacia y el miedo a la evangelización

- ¿Iglesia intrépida y temerosa? (n. 23)
- Eclesiocentrismo y servicio el mundo (n. 24)
- Evangelio para los cercanos y Evangelio para los alejados (n. 25)
- El vigor apostólico de los cristianos (n. 26)

III.- EL PROYECTO CRISTIANO DE COMUNIDAD EVANGELIZADORA

Ideal estimulante (n. 27)

Comunidad y evangelización, dos aspectos inseparables del ser de la Iglesia (n. 28)

Jesucristo, creador de la comunidad evangelizadora

- Jesucristo, primer evangelizador (n. 29)
- El reino, buena noticia y buena realidad (n. 30)
- Anuncio, testimonio, conducta liberadora, denuncia (n. 31)
- El germen de la primera comunidad evangelizadora (n. 32)
- Resistencia, contradicción y persecución (n. 33)

La Iglesia primitiva prolonga en el mundo y en la historia el empeño de Jesús

- Resurrección de Jesús, resurrección de la comunidad evangelizadora (n. 34)
- Caracteres de las primitivas comunidades del NT
 - ◆ En torno al Señor resucitado (n. 35)
 - ◆ Comunidades justas y pecadoras al mismo tiempo (n. 36)
 - ◆ Profundizan su fe (n. 37)
 - ◆ Corresponsables (n. 38)
 - ◆ Comunidades evangelizadoras (n. 39)

Ser comunidad evangelizadora hoy

- Fidelidad creadora y acomodación conformista (n. 40)
- La Iglesia, sacramento de unidad (n. 41)
- Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo (nn. 42-43)

IV.- LOS CAMINOS DE NUESTRA CONVERSIÓN EN LA PRESENTE CUARESMA

Líneas mayores de construcción de nuestras comunidades evangelizadoras

- Un anuncio que afirma el sentido de la vida y la voluntad de vivir (nn. 44-45)
- Testimonio: la comunidad cristiana, un punto de referencia para la comunidad humana
 - ◆ La autoridad como servicio (n. 46)
 - ◆ La corresponsabilidad (n. 47)
 - ◆ Compartir (n. 48)
 - ◆ Comunidad de diálogo (n. 49)
- Compromiso transformador: pacificar (nn. 50-51)
- Denuncia: señalar los aspectos inhumanos de nuestra sociedad
 - ◆ El rendimiento como valor supremo (n. 52)
 - ◆ Valoración utilitaria de la persona (n. 53)
 - ◆ Hedonismo (n. 54)
 - ◆ El imperio de la fuerza (n. 55)
 - ◆ En la Iglesia hay también “mundo” (n. 56)

Personas, grupos o instituciones más comunitarios y más evangelizadores

- Personas y grupos
 - ◆ Cristianos en un mundo secular (nn. 57-58)
 - ◆ Movimientos apostólicos (n. 59)
 - ◆ Pequeñas comunidades cristianas (n. 60)
 - ◆ Asociaciones y comunidades supradiocesanas (n. 61)
 - ◆ Comunidades religiosas (n. 62)
 - ◆ Presbíteros (n. 63)
 - ◆ Los Obispos (n. 64)
- Instituciones eclesiales
 - ◆ La familia (n. 65)
 - ◆ Las instituciones educativas eclesiales (n. 66)
 - ◆ Instituciones asistenciales de la Iglesia (n. 67)
 - ◆ Parroquias (n. 68)
 - ◆ Seminarios diocesanos (n. 69)
 - ◆ Curias diocesanas (n. 70)

CONCLUSIÓN

La comunidad evangelizadora, don de Dios (n. 71)

La contradicción y la cruz, herencia de la comunidad evangelizadora (n. 72)

Comunidad evangelizadora, comunidad evangelizada (n. 73)

La Cuaresma, tiempo de evangelización para la misma Iglesia (n. 74)

INTRODUCCIÓN

1. El Señor Jesús llama continuamente a su Iglesia a la conversión. La Iglesia acoge esta llamada con especial atención en el tiempo de la Cuaresma. En el itinerario cuaresmal escuchamos más intensamente la palabra de Dios, renovamos la gracia y los compromisos del Bautismo y celebramos la Penitencia que nos reconcilia con Dios y entre nosotros (*Sacrosanctum Concilium*, 109). Robustecidos por la fuerza que engendran en nosotros los sacramentos de la Iglesia, reemprendemos la tarea de renovación de nuestras personas, de nuestros grupos y de nuestras instituciones eclesiales. De este modo, nos preparamos para vivir con una fe más despierta, una esperanza más encendida y un amor más purificado la muerte y resurrección de Cristo, acontecimiento central de nuestra fe y clave de toda la historia humana.

2. Pero la llamada del Señor a convertirnos, sin dejar de ser siempre la misma, reclama en cada Cuaresma acentos diferentes. La situación de nuestra sociedad y de nuestras Iglesias locales nos sugiere cada año el contenido especial y concreto de nuestra conversión. Deseosos de escuchar al «espíritu que habla a las Iglesias» (Ap 3,22), los Obispos, en diálogo fraterno entre nosotros y tras haber escuchado las sugerencias de laicos y pastores, estimamos conveniente orientar hoy el esfuerzo de conversión cristiana de nuestras comunidades en una dirección precisa: reforzar el sentido comunitario y evangelizador de nuestras Iglesias locales.

A ello nos invitan asimismo las recientes palabras del Papa Juan Pablo II, según las cuales la misión de los ministros del Evangelio consiste en «reunir la comunidad... en la alabanza del Padre por Jesucristo y en el Espíritu, para que sea la Iglesia de Cristo sacramento de salvación».

3. Nuestra reflexión cuaresmal de este año se despliega en cuatro momentos. El primero pretende retratar la situación de nuestra sociedad en relación con el tema de esta Carta. El segundo intenta lanzar una mirada a nuestras Iglesias para detectar sus aspiraciones, sus realizaciones y sus limitaciones como comunidad evangelizadora. En un tercer momento, quisiéramos anudar una reflexión teológica que nos ayude a discernir desde la fe la situación descrita y a sentar las bases de una renovación que haga a la Iglesia más fiel a su condición comunitaria y evangelizadora y más capaz de ofrecer a nuestra sociedad los servicios que tiene derecho a esperar de nosotros. Y en la última parte sugeriremos algunas tareas y pasos concretos en los que se encarne nuestro esfuerzo de conversión.

I.- SITUACIÓN DE NUESTRA SOCIEDAD

Entre la aspiración a la solidaridad y la tentación de insolidaridad

La sociedad en que se inscriben nuestras diócesis se debate entre la búsqueda de lazos comunitarios más consistentes y la persistencia de dificultades objetivas y actitudes subjetivas que entorpecen la creación y consolidación de dichos lazos.

- ***Cara y cruz de la comunidad familiar***

4. El modelo de familia que se va gestando se funda más en la libertad que en el autoritarismo, más en el amor que en el temor, más en el diálogo que en la ley. La desigualdad entre el varón y la mujer es hoy sensiblemente menor, aunque sigue subsistiendo todavía. La preocupación por la promoción cultural y profesional de los hijos es más lúcida que en otras épocas.

A pesar de estos avances, ¿ha crecido o decrecido la cohesión familiar? ¿Se valora más o menos la seriedad de los vínculos que unen a los esposos? Todo parece indicar que la unidad de los esposos se disgrega hoy con relativa facilidad. La fidelidad mutua no es debidamente valorada y, por ello, sucumbe con frecuencia ante las crisis conyugales o las dificultades de la vida. La misma fecundidad no es vivida como valor en la medida suficiente. El control de la natalidad va adquiriendo en muchas de nuestras familias proporciones tan graves que difícilmente podemos sustraernos a la impresión de que está inspirada en parte en motivaciones egoístas y hedonistas. Nos tememos, no sin fundamento, que el drástico descenso de la natalidad acarree repercusiones nocivas para nuestra sociedad y para la misma Iglesia.

Por otro lado, muchos hijos se desconectan de las responsabilidades familiares e imponen su propia ley a padres inseguros o permisivos.

Incluso muchas familias, al mismo tiempo que viven una notable solidaridad familiar, deseducan para una solidaridad que desborde el ámbito de la familia. El «egoísmo familiar» no es, por desgracia, una ficción imaginaria. Una familia unida puede ser –y lo es, de hecho, en ocasiones– una familia «cerrada».

- ***El difícil diálogo generacional***

5. Jóvenes y adultos hablan entre sí con mayor libertad que en tiempos pasados. Temas sexuales, políticos o religiosos se abordan con franqueza. Se habla más. ¿Se escucha mejor? Estamos persuadidos de que, además de la sima entre los bloques políticos y sociales, existe en nuestra sociedad otra sima, tal vez no menos preocupante, entre el bloque juvenil y el bloque adulto. Los jóvenes niegan autoridad moral a los adultos. Éstos se aferran en sus posiciones «de siempre». El diálogo, constructor de comunidad, se convierte así en una yuxtaposición de monólogos o en un cruce agresivo de palabras. El lenguaje humano es vehículo de comunicación cuando es palabra y escucha. Y esta escucha es hoy escasa y pobre entre generaciones.

- ***Pluralidad y enfrentamiento en el plano socio-cultural***

6. La comunidad humana de nuestras diócesis, tiene, entre otras particularidades, la de albergar tradiciones culturales y lingüísticas heterogéneas y grupos humanos de diversa procedencia geográfica. En nuestras diócesis coexisten el euskara y el castellano, y conviven gentes nacidas en ellos y otras provenientes de distintas tierras de España.

Un cruce de culturas y de sensibilidades diferentes es, en sí mismo, antes que un problema, una fuente de mutuo enriquecimiento. Pero, no deja de constituir también un problema. El contraste de grupos y horizontes culturales diferentes tiende a convertirse con frecuencia en enfrentamiento. La lengua, la cultura y la misma diversidad de origen de la población son algo más que elementos de legítima diferenciación. Constituyen un elemento de división que dificulta el mismo planteamiento correcto y razonable del problema, obstaculiza la búsqueda de unas vías justas de solución y engendra el riesgo, nada imaginario, de la creación de dos comunidades encontradas de nuestra sociedad.

Este factor de división roza también desde dentro a la misma Iglesia. Un exponente significativo es la tensión que surge en bastantes comunidades cristianas en torno al bilingüismo en las reuniones y en las celebraciones litúrgicas. Intolerancias de uno u otro signo pueden empañar la comunión de los grupos cristianos en una sociedad dividida. Nuestras Iglesias han de ofrecer a esta sociedad el testimonio de una unidad interna construida desde el reconocimiento de las diferencias legítimas y el apoyo a las tradiciones culturales más débiles y más amenazadas.

- ***Pluralidad y partidismo en el terreno político***

7. La emergencia de la democracia ha hecho más amplia y más potente la pluralidad de opciones políticas en nuestro suelo. Esta pluralidad, fruto necesario de la libertad, constituye en sí misma una riqueza. Las diversas opciones políticas son, en parte, complementarias. Cada una de ellas subraya valores que otras formaciones tienden a infravalorar. La misma tensión que brota de la confrontación de los grupos resulta, cuando es noble y honesta, un motor de avance para la comunidad política.

Esta benéfica pluralidad degenera, sin embargo, con demasiada frecuencia entre nosotros, en partidismo. Éste se caracteriza, en primer lugar, por la intolerancia. El adversario político se convierte en enemigo personal. Se le niega competencia e incluso honestidad. Se descalifica la totalidad de su proyecto, al tiempo que se defiende y legitima acríticamente la totalidad del proyecto propio. El diálogo se degrada en una confrontación estéril. La confrontación se transforma en insulto verbal. La tentación de liquidar al adversario emerge con fuerza. La violencia armada, en sus formas variadas de asesinatos, secuestros, extorsiones económicas y torturas, son el exponente más visible de una sociedad intolerante.

El partidismo lleva, además, en sí, con mucha frecuencia, una perniciosa alteración en la escala de valores: los intereses particulares de un grupo prevale-

cen sobre el interés común. La conquista del poder se torna en un valor superior al bien de la comunidad.

- ***Luces y sombras de nuestra solidaridad en el plano socio-económico***

8. Nuestra sociedad alberga una aspiración profunda hacia la igualdad fundamental de todos los seres humanos. El modelo de la sociedad jerarquizada de antaño se ha mitigado. Las diferencias entre los diversos estamentos sociales se han acortado. Los modos de vida de unos y otros se han acercado. Aunque aún subsisten diferencias manifiestamente injustas, los bienes económicos y culturales (la vivienda digna, la alimentación suficiente y la educación) se encuentran al alcance de más personas.

Pero esta aspiración a la solidaridad coexiste con tasas altas de insolidaridad social. Desvelamos esta situación injusta en nuestra Carta Pastoral conjunta de la pasada Cuaresma. Los gastos superfluos de muchos constituyen un escándalo y una provocación en estos tiempos de crisis económica. Esta crisis que condena al paro a miles y miles de trabajadores, contrasta con el pluriempleo de muchos afortunados que detentan varios puestos de trabajo. La evasión de capitales es una realidad. Quienes pueden invertir no afrontan el riesgo de hacerlo en estos tiempos de inseguridad. Empresas en dificultad padecen extorsiones económicas, que ponen en peligro su subsistencia y el puesto de trabajo de muchos. Las cargas de nuestro empobrecimiento colectivo no recaen igualitariamente sobre todos los ciudadanos.

No seríamos honestos, si no confesáramos que cristianos practicantes participamos también en este pecado de insolidaridad. Los pastores tenemos que preguntarnos con honestidad si el mensaje que les transmitimos es suficientemente interpelador para descabalgarnos de sus comportamientos insolidarios.

Entre el rechazo y la necesidad de la buena noticia

Muchos ciudadanos y grupos de nuestro pueblo están perdiendo sus raíces cristianas. Con todo, creemos observar en nuestra sociedad algunos signos indicadores de una apetencia y de nostalgia de una buena noticia que «nos salve de verdad».

- ***Grupos sociales alejados***

9. El mundo del trabajo, del pensamiento, de la docencia, de la sanidad, se está alejando, en su conjunto, de la comunidad cristiana. Algunos de estos grupos han pasado de una actitud combativa a una actitud indiferente que refleja una distancia mayor que la primera. Es verdad que hay muchos cristianos en el seno de estos grupos. Pero carecen en bastantes ocasiones de una fe intrépidamente confesante. Nos parece detectar en algunos una fe cristiana vergonzante y acomplejada que quiere pasar inadvertida. Tal vez están convencidos de que «el producto» que pueden ofrecer –el Evangelio– tiene alta calidad, pero la «casa» que la anuncia –la Iglesia– está desprestigiada en estos ambientes.

Nos preocupa profundamente el alejamiento de estos grupos, entre otras razones porque son porciones vivas del tejido social en las que se juega en buena parte el humanismo del mundo presente y futuro. Y porque estamos persuadidos de que el humanismo que deriva de la fe cristiana está llamado a ser en aquél un verdadero fermento.

- ***Una franja generacional mayoritariamente ausente de nuestras comunidades***

10. Las edades comprendidas entre los 25 y los 40 años han «emigrado», en buena parte, de entre nosotros. Son generaciones con un pasado religioso intenso que ha ido deteriorándose por obra y gracia del desarraigo de sus lugares de origen, del cambio cultural vertiginoso y del cruce de las ideologías. Mantienen un rescoldo de fe y unos mínimos de vinculación eclesial: contraen matrimonio eclesiástico, bautizan a sus hijos y los envían a la catequesis preparatoria de la Primera Eucaristía. Pero están lo suficientemente alejados para no sintonizar, ni siquiera conocer, los impulsos renovadores de una Iglesia de la que siguen guardando una imagen calcada de la de sus años juveniles. No pocas veces experimentan el rechazo retardado de una formación cristiana estrecha y exigente. Sumidos en sus preocupaciones familiares y profesionales no encuentran en su vida los estímulos que pudieran hacer reverdecer su fe lánguida.

Muchas veces nos preguntamos: ¿Cómo llegar a ellos? ¿Cómo interpelarles y dejarnos interpelar por su ausencia?

- ***Vacío ético***

11. Los espacios de la profesión, del ocio, de las relaciones laborales, comerciales y sexuales, experimentan una crisis ética preocupante. Trabajar, divertirse, ganar dinero, gozar eróticamente, van siendo actitudes no sometidas a criterios éticos o quedan, a lo sumo, reguladas por unos parámetros morales muy subjetivos e individualistas. No negamos la legitimidad ni la posibilidad de una ética civil no inspirada en la fe cristiana. Pero creemos que nuestra fe puede ofrecer un aliento ético, verdaderamente humanizador a estas áreas de la existencia humana. ¿Qué estamos haciendo, qué podemos hacer para que así sea?

- ***Ateísmo y agnosticismo***

12. Los Obispos y las comunidades cristianas tenemos que tomar conciencia de un fenómeno, todavía minoritario pero grave, que apunta en nuestra sociedad: hay personas que se profesan ateas o agnósticas. Sin negar que algunas hayan llegado a estas posiciones a través de un camino reflexivo y a veces doloroso, tenemos la impresión de que muchas han pasado casi insensiblemente de una fe superficial a una increencia superficial. Ha habido en su vida un vaciamiento progresivo de sustancia religiosa. Unos estudios seculares, un modo de vivir secular, un ambiente secular parecen haber matado su fe. Ellos nos ayudan a caer en la cuenta de que la experiencia teísta, que nos envolvió y penetró a los adultos en nuestros años infantiles y juveniles, no es ya hoy tan obvia como pudiera parecernos, y lo será probablemente menos para las generaciones infantiles y juveniles de hoy.

El ateísmo y el agnosticismo son siempre un reto radical a la fe. ¿Cómo nos interpela a nosotros? ¿Qué quiere decirnos el Señor a través de ellos? ¿Qué reacciones suscita? ¿Quedan puentes de diálogo con estos grupos?

- ***La imagen y la realidad de nuestra Iglesia***

13. Todos los grupos que vamos describiendo presentan un denominador común: una imagen peyorativa de la Iglesia. Conocen muchos cristianos que son buenas personas e incluso buenos creyentes. Pero la Iglesia total y las Iglesias locales son para ellos una institución decadente, fragmentada, resistente al cambio social, adherida a parcelas de poder que aún conserva, distante de los pobres, inflexible en su dogmatismo, de escaso talante democrático en su funcionamiento interno, demasiado exigente en algunas áreas de la vida humana (indisolubilidad del matrimonio, aborto, moral sexual) y demasiado complaciente con los poderes de este mundo.

No conocen, o no interpretan correctamente, los esfuerzos de libertad, de renovación, de participación, de autocrítica, de tolerancia y de pacificación que está realizando la Iglesia. Ciertamente, su imagen de Iglesia es parcial y sesgada. No se merecen nuestras Iglesias un juicio tan negativo. Existe, felizmente, una distancia entre esa imagen y la realidad eclesial.

Pero no podemos dejar de preguntarnos: ¿Por qué se ha forjado en ellos esta imagen de Iglesia? ¿Cuál es la parte de verdad que existe en esta visión crítica? ¿Cómo renovar a la Iglesia y hacerla más parecida a la comunidad diseñada en el Nuevo Testamento? ¿Qué hacer para ofrecer otra imagen más creíble? No se trata de «tener buena prensa» ante la sociedad, sino de algo más profundo. La Iglesia es signo de Jesús y del Evangelio. Una Iglesia renovada en sus propias fuentes y dotada de credibilidad es necesaria para que estos hombres puedan aceptar a Jesús como Señor y al Evangelio como norma de su vida.

- ***Necesidad de motivos para vivir***

14. Todo este mundo distante no está, sin embargo, tan lejos como parece de la buena noticia de Jesús. Está necesitado de ella. Experimenta incluso una oscura demanda, aunque no sepa llamarla por su nombre. «Paradójicamente, en este mismo mundo moderno, no se puede negar la existencia de valores inicialmente cristianos o evangélicos, al menos bajo forma de vida o de nostalgia. No sería exagerado hablar de un poderoso y trágico llamamiento a ser evangelizado» (*Evangelii nuntiandi*, 55).

En efecto, nuestra sociedad está enferma en su «voluntad de vivir». La civilización de la abundancia le ha ofrecido medios de vida, pero no motivos para vivir. El desencanto actual no se debe principalmente a la crisis de medios que comienza a experimentar, sino ante todo a la crisis de motivos para trabajar, luchar, gozar, sufrir y esperar. El animal puede avanzar por un camino que no sepa adónde le conduce. El hombre no puede caminar por mucho tiempo por un callejón sin salida. Cuando se pierde en la niebla, todo le pesa para seguir marchando. La fe cristiana, ¿no ofrece motivos para superar esta floja apatía? ¿No nos muestra esta apatía un flanco para la evangelización?

- ***Insatisfacción y búsqueda de seguridad***

15. La gente vive más insatisfecha de lo que parece en nuestro mundo cercano. Acosada de preocupaciones familiares, sometida al ritmo apresurado de la vida moderna, hostigada por la crudeza de la competitividad, enfrentada con frecuencia a problemas insolubles como la muerte, experimenta un cierto sentimiento de cansancio y asfixia que no le abandona del todo ni siquiera en los momentos de disfrute y alegría.

Deseosa de una paz estable, presiente que ella está amenazada por el militarismo, el terrorismo y las armas atómicas modernas, que ponen en peligro la misma supervivencia del hombre. Sabe que la paz no está garantizada por las armas y los tratados. Este hombre inseguro e insatisfecho, ¿no empieza ya a mirar a otra parte? ¿No tiene el mensaje de la Iglesia algo que proclamar y vivir para orientar su mirada?

- ***Juventud decepcionada y expectante***

16. Una parte de nuestra juventud ha querido buscar en la «liberación sexual» exacerbada la clave de la plenitud soñada. Pronto ha cosechado el aburrimiento y el hastío que de ella derivan necesariamente. Tentados por la droga y exasperados por el paro; crudamente críticos ante los poderes del mundo y escépticos ante los programas; dolorosa y casi morbosamente conscientes de vivir en un mundo «manchado y podrido», no pocos vuelven su vista en su idealismo, hacia los «signos puros». Bastantes van descubriendo la pureza del signo de Jesús y de su Evangelio. ¿No llega la hora de anunciarles sin complejos el mensaje? Nosotros mismos nos dirigimos a ellos en nuestra Carta Pastoral de Cuaresma de 1980. Es verdad que ellos perciben a la Iglesia como «signo impuro». ¿No nos sentiremos urgidos a no defraudarles, empeñándonos en mejorar a la Iglesia? ¿No nos será posible ayudarles, al mismo tiempo, a asumir en «el signo a la vez opaco y luminoso de la Iglesia una nueva presencia da Jesucristo?» (*Evangelii nuntiandi*, 15).

- ***La caída de las esperanzas y el resurgir de la esperanza***

17. La decepción e insatisfacción de nuestro mundo tiene una explicación plausible. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo percibimos, sin saber formularlo siempre, el derrumbamiento de dos mitos que han alimentado nuestros sueños. Uno es el de la ilustración: el progreso del saber y de la técnica traerá el bienestar y el sosiego para el corazón humano. El otro es el de la revolución social: la abolición de la opresión del hombre por el hombre reconciliará al ser humano consigo mismo, con los demás y con la naturaleza, y aquietará de este modo su apetencia de felicidad.

El progreso ha traído innumerables fuentes de bienestar y de elevación humana, pero ha generado otras dolorosas esclavitudes. La revolución social, allí donde se ha realizado, ha logrado desterrar cotas de miseria y de incultura, pero ha sacrificado valores como la libertad. Ambos mitos se han revelado como respuestas incompletas a las aspiraciones humanas.

Esta doble parcial decepción ha provocado en el hombre la oscura sensación de que no es capaz de salvarse radical y totalmente a sí mismo. Ha despertado la conciencia de que necesita ser salvado. En este clima social puede resonar como auténtica la intrépida confesión de fe del Vaticano II: «Cree la Iglesia que Jesucristo, muerto y resucitado por todos, ofrece al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación... Que la clave, el centro y el fin de la historia humana se halla en su Señor y Maestro... que existe ayer, hoy y para siempre» (*Gaudium et spes*, 10).

Los Obispos estamos persuadidos de que si en algún momento de la historia el mensaje de Jesús ha sido actual, lo es hoy de manera patente. Los valores, los ideales y las aspiraciones más auténticos y profundos de los humanos de hoy tienen su respuesta última y definitiva en Jesucristo. ¿Nos atreveremos a decirlo así con nuestra palabra y con nuestra vida?

II.- SITUACIÓN DE LA COMUNIDAD ECLESIAL

Nuestras Iglesias locales, plantadas en una sociedad concreta, compuestas de ciudadanos de esta sociedad, viven en continuo intercambio con ella: aportan y reciben; influyen y se dejan influir, para bien y para mal. El Espíritu les interpela a través de las aspiraciones y logros sociales. La fuerza del mal presente en el mundo les tienta y, a menudo, les marca.

Queremos retratar, en esta segunda parte, las realizaciones y las limitaciones de nuestras diócesis en su condición de comunidades evangelizadoras en esta sociedad.

Avances y tentaciones en nuestra vida comunitaria

- ***Redescubrimiento de la comunidad y pervivencia de las colectividades parroquiales***

18. El espíritu está suscitando con fuerza en el ancho mundo de la Iglesia universal un poderoso movimiento comunitario. Las jóvenes Iglesias de África y América sienten con mayor vigor este impulso a acentuar su dimensión comunitaria.

También nuestras Iglesias locales están experimentando este mismo soplo del Espíritu. Muchos grupos de formación o de trabajo apostólico de nuestras parroquias van adquiriendo algunos caracteres comunitarios: se reúnen para escuchar la palabra y comentarla, analizan los acontecimientos a la luz de la fe, asumen y revisan en común sus compromisos, comparten en mayor o menor medida sus bienes y celebran juntos la fiesta de la Eucaristía. La parroquia está siendo hoy, con frecuencia, matriz viva de grupos de talante comunitario. Bastantes parroquias, sobre todo urbanas, van siendo un espacio de encuentro fraterno y gratuito en el que los creyentes más cercanos tienen ocasión de conocerse personalmente, escapando así al anonimato y al empobrecimiento de las relaciones humanas que son propias de las grandes concentraciones urbanas. Incluso en las parroquias rurales se buscan, entre muchas dificultades, formas más comunitarias de vida cristiana.

Con todo, la gran masa de practicantes ofrece la impresión de constituir más bien una colectividad que una comunidad. La colectividad se caracteriza porque los vínculos entre sus miembros son débiles y efímeros. Muchos creyentes tienen una pobre conciencia de pertenecer a la familia parroquial. Y esta importante carencia fomenta el individualismo religioso. La parroquia es concebida y vivida como «una empresa de servicios religiosos», que les suministra los elementos para satisfacer unas necesidades religiosas individuales a cambio de unas prestaciones económicas que garantizan la continuidad de los servicios. La fe misma se concibe como una relación del individuo con Dios. El liberalismo del siglo pasado ha debilitado, entre otros factores, el talante comunitario de muchos cristianos. La parroquia no es para ellos lugar y sujeto de encuentro con el Dios de Jesucristo, comunidad de creyentes en la que nace, crece y fructifica la fe de todos y cada uno de los cristianos. La predicación y la misma praxis pa-

arroquial no resultan suficientemente interpeladoras para desmontar esta actitud reduccionista de la fe y generar actitudes más implicadas en la vida de la parroquia.

- ***Espíritu comunitario y espíritu sectario***

19. Numerosos grupos comunitarios de diverso signo nacen y actúan fuera de ámbitos parroquiales. Muchos cristianos, legítimamente insatisfechos de las posibilidades comunitarias ofrecidas en las parroquias, han optado por crear comunidades más vivas y más reducidas. En ellas encuentran un espacio adecuado para un mayor conocimiento mutuo, un ámbito propicio para su maduración cristiana, una conciencia de grupo más exigente, un cauce de corresponsabilidad y de creatividad. Casi todas subrayan una u otra dimensión de nuestra fe (la oración, el compromiso comunitario, etc.), a veces con un olvido peligroso de otras dimensiones igualmente esenciales. No siempre caen en la cuenta de que un valor cristiano es propiamente tal cuando se articula con otros valores igualmente cristianos y deja de serlo cuando se desconecta de ellos.

No podemos dejar de saludar con alegría la emergencia de estas comunidades menores. Pero creemos detectar en muchas de ellas un cierto espíritu sectario preocupante. Tienden a identificar «su verdad» con la verdad cristiana total y a defender su «fórmula de Iglesia» como la única válida. Un cierto menosprecio de las unidades parroquiales, e incluso de otros grupos comunitarios cristianos de orientación diferente, se deja entrever fácilmente.

En consecuencia, las relaciones con otros grupos cristianos son débiles y, a veces, inexistentes. La crítica, legítima y necesaria en la Iglesia, se vuelve en algunos grupos negativismo hipercrítico. Por una deficiente eclesiología, las comunidades se vuelven frecuentemente sobre sí mismas y constituyen un «ghetto» eclesial, a la larga estéril.

Nosotros mismos no hemos sabido, en la medida debida, acercarnos, escuchar, recoger humildemente sus interpelaciones y formularles valiente y fraternalmente las nuestras. Existe hoy un «déficit» de comunión entre las comunidades y con nosotros, del cual no somos totalmente inocentes.

- ***Comunidad diocesana e Iglesia universal***

20. A raíz del Vaticano II, la comunidad diocesana presidida por el Obispo va cobrando un mayor relieve eclesial. La diócesis como «Iglesia particular» en la que se encuentra y opera la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica (*Christus Dominus*, 11), ha sido revalorizada por el Concilio. Muchos religiosos viven hoy una creciente comprensión de su inserción en la Iglesia diocesana. Parroquias y comunidades actualizan esta comunión con la totalidad de la diócesis por las vías del ejercicio de la corresponsabilidad, de la colaboración apostólica y de la comunicación cristiana de bienes.

La franqueza que os debemos, nos conduce a confesar al mismo tiempo que no siempre las cosas son así. Numerosas parroquias viven como unidades autárquicas. Ignoran y marginan las orientaciones pastorales diocesanas sancionadas por el Obispo. No se sienten corresponsables de la totalidad de la Igle-

sia local. No resuenan en ellas los problemas de otras parcelas de la diócesis y los de la comunidad entera.

Hay todavía religiosos que afirman que ellos «no son diocesanos». No han comprendido teóricamente ni han asimilado en la práctica que, desde su carisma propio, «son cooperadores de los Obispos... y pertenecen asimismo de manera peculiar a la familia diocesana» (*Christus Dominus*, 34). Se sienten únicamente miembros de la Iglesia universal y de su propio Instituto. Determinados grupos y asociaciones de laicos y presbíteros conciben y viven de tal manera su vinculación al Papa que ignoran y descuidan en la práctica su vinculación a la comunidad diocesana y a su Pastor. Parecen pretender ser «ciudadanos de la Iglesia universal», sin ser al mismo tiempo «ciudadanos de la Iglesia local». Olvidan que, del mismo modo que nadie puede ser legítimamente ciudadano del mundo sin sentirse ciudadano de su propio pueblo, nadie puede vincularse a la Iglesia total sin una vinculación real y cálida, aunque sin localismos, a la Iglesia diocesana.

• ***Universalidad y localismo eclesial***

21. Nuestras diócesis tienen una tradición de apertura y de ayuda a otras diócesis del mundo, de la que podemos sentirnos legítimamente orgullosos. A pesar de nuestra penuria de vocaciones, seguimos manteniendo los compromisos misioneros adquiridos porque estamos persuadidos de que así nos lo exige nuestra comunión con otras Iglesias, y porque sabemos que Dios bendice siempre a quien da generosamente desde su apertura.

Pero las necesidades pastorales urgentes, y hasta un cierto «cantonalismo eclesial», puede estar conduciéndonos a un aflojamiento de nuestra tensión de servicio a otras diócesis aún más necesitadas que las nuestras. Es relativamente fácil ayudar desde la abundancia. No lo es tanto seguir ayudando desde la escasez. Compartir, en cristiano, no es dar de lo que sobra, sino reducir al mínimo nuestras necesidades para poder dar más. El Papa nos aleccionó en su visita a Navarra con el ejemplo de San Francisco Javier, que «siente, como otro Pablo, el apremio incontenible de una conciencia plenamente responsable del mandato misionero y del amor de Cristo... y actúa siempre con visión de horizontes universales, en sintonía con la misión de la Iglesia, sacramento universal de salvación».

Igualmente, una justa valoración de nuestras Iglesias locales pudiera debilitar los lazos que nos unen a otras Iglesias emparentadas con las nuestras por razones de ubicación socio-política común o por motivos de pertenencia a la misma comunidad socio-cultural. Los mismos vínculos que nos unen a toda la Iglesia de Jesucristo presidida por el Papa pudieran resentirse. Una concentración en nuestros propios problemas, muchos y complicados, puede rebajar nuestra sensibilidad para sintonizar con la marcha, a veces lenta y fatigosa, de la Iglesia universal. Ciertas maneras despegadas, cuando no despectivas, de hablar de «la Iglesia de Roma» como de algo que nos concierne débilmente o que interfiere indebidamente el curso de nuestras Iglesias diocesanas, pudiera ser signo de una comunión que necesita purificarse y robustecerse. El «polo de la Iglesia local» ha de ser afirmado y urgido inequívocamente. Pero, para que esta afirmación sea verdaderamente cristiana ha de complementarse con la afirmación,

igualmente inequívoca, del «polo de la Iglesia universal». Hemos de reconocer honestamente que el modo histórico concreto, hoy vigente, de vinculación de las Iglesias locales a la Iglesia universal ofrece algunas dificultades para una suficiente inserción de aquéllas en la zona socio-cultural en la que están inscritas y, consiguientemente, atenúan la plena constitución de nuestras Iglesias locales. Pero es el juego, no siempre fácil, de ambos polos, el que autentifica nuestra verdadera catolicidad.

- ***¿Iglesia de los pobres?***

22. El espíritu comunitario cristiano se caracteriza por su «debilidad por los débiles». Tuvimos ocasión de abordar extensamente este tema en la Carta Pastoral de Cuaresma de 1981. Los miembros del cuerpo eclesial han de ser tanto más venerados y cuidados cuanto más débiles son (1 Co 12,22-23). El acercamiento a los pobres, presencia latente del Señor crucificado entre nosotros, se va abriendo camino, lenta y parcialmente, pero de modo evidente, en nuestras comunidades eclesiales. La preocupación práctica por los parados, el relanzamiento de la Cáritas, las iniciativas de cercanía al mundo de los marginados, el revivir de la pastoral de los enfermos, las publicaciones de nuestros Secretariados Sociales, son algunos signos de respuesta a esta llamada del Señor a su Iglesia.

Pero, ¿creéis que todavía en nuestra Iglesia los pobres ocupan el puesto central que les reconoce el Evangelio? ¿Son una clave presente en toda nuestra acción eclesial o un puro capítulo entre nuestras múltiples dedicaciones? ¿Nos hacen vivir más pobremente hasta el punto de leer el Evangelio con ojos de pobre? Todos sabemos que es en parte verdadera la afirmación de que «hay pobres porque hay ricos», porque hay un modelo de producción y de distribución de los bienes que no está encaminado a un equitativo reparto del fruto del trabajo humano. Bastantes de los ricos pertenecen a la clientela habitual de nuestras parroquias. ¿Les inquieta nuestra predicación o nuestro trato hasta el punto de estimularles a hacer lo posible hoy para, al menos, paliar aquella pobreza que es fruto de la injusticia humana?

Nuestras comunidades diocesanas entre la audacia y el miedo a la evangelización

- ***¿Iglesia intrépida y temerosa?***

23. El mundo de los alejados, descrito en la primera parte de esta Carta, sacude nuestra conciencia eclesial. Observamos en algunos ámbitos de nuestra Iglesia una conciencia creciente del desafío que este mundo supone y una voluntad eficaz de respuesta a dicho desafío. Y, sobre todo, constatamos que son muchos los que siguen creyendo de manera honesta y comprometida en medio de un mundo hostil e indiferente a la fe.

Pero, si hemos de ser sinceros, gran parte de nuestras comunidades nos ofrece la impresión de una «moral colectiva baja» ante este fenómeno. Conservan la nostalgia de otros tiempos en los que una Iglesia más poderosa estaba más presente en los ámbitos donde hoy se alojan la increencia y la fe mortecina.

Tienen la impresión de pertenecer a una Iglesia retirada a sus «cuarteles de invierno» y casi condenada por la dinámica de la historia a ser un reducto, un gigantesco club de actividades privadas, que ni interpela al mundo ni se deja interpelar por él. El éxodo de buena parte de nuestra juventud de las filas de la Iglesia, suscita en nuestros adultos una cierta conciencia de última generación cristiana con algún peso en la sociedad. Los más tradicionales se preguntan si esta situación no será debida a un deterioro de la identidad misma de la Iglesia en su afán de condescender con la modernidad. Los más avanzados dudan de que esta Iglesia tenga la libertad y el coraje evangélicos para renovarse y adquirir así el temple y la credibilidad necesarios para ofrecer su mensaje a los alejados. Unos quieren «cerrar filas» y otros quieren «abrir las puertas» para salir al encuentro del mundo.

Esta «moral baja» necesita ser interpelada por el Evangelio, para purificar sus nostalgias y aceptar modos más humildes de presencia eclesial en el mundo; para creer de verdad en «la fuerza de Dios» presente en el Evangelio, bajo los signos de la impotencia (Rm 1,16); para tener la osadía de esperar en la renovación y conversión de la Iglesia, para detectar el clamor de quienes buscan la buena noticia sin saberlo; para comprender que la identidad de la Iglesia se acrisola en el contacto confiado y servicial con el mundo, siempre que su mirada esté dirigida hacia el Señor.

- ***Eclesiocentrismo y servicio al mundo***

24. La Iglesia no tiene por finalidad el conservarse a sí misma, sino el servicio a la sociedad, introduciendo en ella los valores del reino de Dios y anunciando a Aquél que «es en sí mismo el reino de Dios» (Orígenes). Tiene un único Señor, a quien sirve sirviendo al mundo. La tarea de autoconstrucción de la Iglesia, necesaria y urgente, tiene como objetivo ofrecer mejor al mundo su servicio específico. Esta mentalidad va siendo asimilada hoy en nuestras Iglesias. El vigor que van cobrando las tareas de servicio directo a la sociedad y la renovación, en clave servicial, de instituciones eclesiales, como las destinadas a la enseñanza y educación de la juventud, así lo demuestran.

No obstante, la tentación eclesiocéntrica no está ausente de nuestro programa y acciones pastorales. Nuestras mismas «Orientaciones Diocesanas de Pastoral» parecen bascular más hacia la acción catequética y celebrativa que hacia la misión de compromiso liberador que le es tan consustancial como las dos anteriores. El servicio directo al mundo es tan inherente a la tarea eclesial como la catequización o la celebración litúrgica. Parroquias y centros de pastoral están todavía mucho más volcados en crear vocaciones para una militancia intraeclesial que en suscitar y alimentar en los creyentes una militancia cristiana cívica. La sensibilidad noble y legítima para reclamar los derechos de la Iglesia en la sociedad, ¿no es tal vez más acusada que la que mostramos a la hora de postular los derechos de las personas y grupos más desfavorecidos? Tenemos que preguntarnos si nuestras Iglesias están más bien mirando al mundo que a sí mismas. Miremos primero al Señor, que nos ha de señalar el mundo como misión y tarea. Y miremos después a la Iglesia, a fin de ponerla a punto para realizarla como Él quiere.

- ***Evangelio para los cercanos y Evangelio para los alejados***

25. Las dificultades de la evangelización de los alejados no son todas ellas imputables ni a las deficiencias de la Iglesia ni a las resistencias subjetivas que aquellos oponen al Evangelio. Existen hoy condiciones objetivas que hacen laboriosa, e incluso humanamente «empresa imposible» (*Evangelii nuntiandi*, 56), su evangelización.

Tal vez arredradas por esta dificultad, nuestras Iglesias tienden a condensar sus mejores esfuerzos en el cultivo de la fe de los ya creyentes. La catequesis de niños, jóvenes y adultos ha dado en estos últimos años pasos notables que nos llenan de alegría y confianza. Esperamos que una correcta orientación de estos procesos catequéticos reforzará a la larga el aliento evangelizador de la Iglesia para con los alejados.

Pero, entre tanto, es preciso que con lucidez, creatividad y coraje aborremos ya desde ahora iniciativas de acercamiento, escucha, testimonio y anuncio a este bloque necesitado de nuestra sociedad. No son demasiadas todavía estas iniciativas. Su escasez y, a veces, su fragilidad ha de preocuparnos a laicos y pastores.

- ***El vigor apostólico de los cristianos***

26. Hemos aludido, incidentalmente, más arriba, al «ocultamiento» de los cristianos presentes en ambientes descristianizados. Los jóvenes creyentes, ¿no ocultáis vuestra fe en los grupos de estudio, de trabajo o de ocio, ante otros jóvenes más despreocupados? Los adultos, ¿tenéis la preocupación de testificar por medio de vuestras opciones, de vuestro comportamiento y de vuestra palabra en el ambiente de trabajo la fe que profesáis? Los militantes y dirigentes políticos creyentes, ¿no os mostráis con frecuencia excesivamente «pudorosos» a la hora de expresar públicamente o en vuestros ambientes la fe cristiana? Los padres creyentes, ¿ponéis empeño en que la familia sea el primer espacio evangelizador de vuestros hijos? Los profesores cristianos de materias profanas, ¿sabéis presentaros como lo que sois y afirmar sobriamente, con respeto y sin complejos, ante los alumnos vuestra condición cristiana? ¿Qué es lo que os retiene a unos y a otros a la hora de confesar la fe? ¿Un pudor religioso? ¿Un respeto de buena ley a la conciencia de los demás o un temor de ser rechazados como «agentes de la Iglesia»? ¿No es ésta una manera de privatizar una fe que está llamada a ser buena noticia para muchos? Si el Evangelio ha de acercarse a estos estamentos y la comunidad eclesial experimenta especiales dificultades para acercarlo, ¿no habéis de ser vosotros los enviados de Jesús y de la comunidad eclesial en estos ambientes? Estamos persuadidos de que el decrecimiento de esta inquietud apostólica rebaja notablemente el potencial evangelizador de la Iglesia. Y esperamos con confianza que un renacimiento de vuestras actitudes apostólicas actualice la fuerza penetradora del Evangelio.

III.- EL PROYECTO CRISTIANO DE COMUNIDAD EVANGELIZADORA

Ideal estimulante

27. Un discernimiento cristiano de la situación social y eclesial ya descritas requiere confrontar esta realidad con el proyecto cristiano de comunidad evangelizadora, tal como aparece dibujado en el NT. Esta confrontación no tiene por objeto provocar el desaliento; la distancia entre la belleza del proyecto y la pobreza de nuestras realizaciones pudiera inducirnos a un desencanto paralizador. Para evitarlo, es preciso recordar que la comunidad eclesial que evangeliza está siempre en camino, en construcción. La Iglesia «sin mancha ni arruga» (Ef 5,27) se realizará plenamente sólo más allá de la historia, en la patria definitiva. Mientras peregrina en esta patria terrestre, está abocada a ser siempre «santa y necesitada de purificación» (*Lumen gentium*, 8). Es preciso recordar asimismo que, por mucho que le pese su propio pasado y se sienta tentada por el espesor del mal en el mundo, la Iglesia cuenta con la presencia del Espíritu del Resucitado que trabaja en ella y en la misma sociedad.

El contraste entre proyecto y realidad no debe conducirnos a un conformismo estéril sino, muy al contrario, estimularnos a acercar la realidad de nuestra Iglesia al designio de su Señor. Las manos del Resucitado se prolongan y encarnan en nuestras propias manos. A través de éstas, quiere Él continuamente reunir a su Iglesia y enviarla a testificar el Evangelio.

Comunidad y evangelización, dos aspectos inseparables del ser de la Iglesia

28. La dimensión comunitaria y evangelizadora de la Iglesia están íntimamente trabadas entre sí (cfr. *Evangelii nuntiandi*, 15). La Iglesia es comunitaria para evangelizar. Y, recíprocamente, el término de la evangelización es la vinculación del evangelizado a la comunidad y la revitalización de la misma vida comunitaria. Nos es necesario, en consecuencia, saber leer la misión evangelizadora en clave comunitaria: el sujeto que evangeliza es la comunidad. Y al mismo tiempo hemos de aprender a leer la naturaleza comunitaria de la Iglesia en clave evangelizadora. «Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (*Evangelii nuntiandi*, 14). Nuestra exposición procurará respetar la vinculación orgánica de estas dos dimensiones, aunque razones de claridad en la exposición nos conduzcan a subrayar alternativamente una u otra de entre ambas.

Jesucristo, creador de la comunidad evangelizadora

La norma suprema e inamovible de la Iglesia, en su ser y en su obrar, es Jesucristo. «Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: Jesucristo» (1 Co 3,11). De él tenemos que aprender qué es una comunidad cristiana y cuál es su misión en el mundo.

- ***Jesucristo, primer evangelizador***

29. Jesús ha sido enviado al mundo para evangelizar (Lc 4,16-21). Su Evangelio está destinado a todos (Mt 28,19). Pero precisamente por esto, los evangelistas nos retratan con rasgos inequívocos la «debilidad» de Jesús por aquellos que están marginados de la comunidad de Israel y, en consecuencia, no son considerados en su entorno como destinatarios de la salvación de Dios. Dos categorías de personas y grupos son el objeto de esta debilidad incomprensible y provocadora: los pecadores (Mc 2,17; Lc 7,37-39; Lc 15,2), y los pobres (Mt 11,4; Lc 4,18; Lc 7,21). Entre los primeros se incluyen los samaritanos, los publicanos y las prostitutas (Mt 21,31). Entre los segundos, la gente de corazón roto, los encadenados, los tristes y desanimados (Mt 11,28), aquellos desheredados a quienes se les niega toda esperanza en la tierra (Lc 6,20-22). Unos y otros son llamados a la conversión.

Jesús se verá obligado a explicar a la sociedad «bienpensante» de su época la razón profunda de esta predilección. Las parábolas de la oveja perdida (Lc 15,4-7), del dracma extraviado (Lc 15,8-10), del hijo pródigo (Lc 15,11-32), están destinadas a ofrecer esta explicación: «Yo obro así porque Dios Padre es así». Jesús se presenta en ellas como signo de la bondad incomprensible de Dios que no admite la discriminación vigente entre «lejanos y cercanos», entre «justos y pecadores». Y para abolirla, se emplea de manera escandalosamente preferente a acercarse a ellos y a llamarlos al reino (Mc 2,17).

- ***El reino, buena noticia y buena realidad***

30. ¿Cuál es el contenido de la evangelización de Jesús? Toda su actividad evangelizadora tiene como objetivo último hacer presente entre los hombres lo que Él llamaba reino de Dios (Mc 1,14-15). Y este reino consiste en que los hombres vayan aceptando individual y colectivamente un proyecto y un estilo de vida nuevos, cuyos principios inspiradores son la paternidad de Dios y la consiguiente fraternidad de los hombres, y cuyas líneas de acción fundamentales son la liberación de todas las cadenas de hombres (incluidas las del pecado y la muerte) y la construcción de una sociedad más justa y humana.

Anunciar este reino es ya una «buena noticia», e impulsarlo una «buena realidad». En efecto, la mejor noticia que pueden los hombres escuchar es que Dios quiere eficazmente reinar entre ellos, porque si Dios reina como Padre no puede reinar nada que deshumanice al hombre: el poder, la violencia o el sexo egoísta y desbocado. Si Dios reina como Padre no deben reinar unos hombres sobre otros, unos grupos sobre otros. Si Dios reina como Padre deben reinar la solidaridad, el perdón, y la fraternidad. Si Dios reina como Padre, el futuro tras la muerte no es el vacío sino la vida plena junto a Él. Y si ese reino de Dios se encarna en el proyecto de vida común de un grupo de hombres ganados para Él y decididos a irlo realizando en la sociedad, la buena noticia se plasma en buena realidad.

Aceptar este reino de Dios exige una transformación radical. Es preciso transformar la escala de valores vigente y dominante. Se hace necesario trastocar nuestras actitudes ante las personas, los bienes y los poderes de este mundo. Se impone modificar nuestro comportamiento de dominación, de disfrute y de

autosuficiencia. Hay que crear un nuevo estilo de relaciones humanas inspiradas en la justicia y el servicio a los más pobres y necesitados. Hemos de situar todo este cambio en el horizonte de una esperanza en Dios nuestro Padre. En una palabra: es urgente convertirse (Mt 5,20).

- ***Anuncio, testimonio, conducta liberadora, denuncia***

31. Jesús evangeliza anunciando el reino de Dios en todas sus dimensiones y con todas sus consecuencias (Mc 1,14-15). Pero su acción evangelizadora no se limita al puro anuncio. El Señor vive personalmente un estilo de vida plenamente coherente con el reino que anuncia. Su vida acredita y testifica lo que anuncia. Su fidelidad al Padre, su servicio desinteresado, su defensa de la justicia, su cercanía a los necesitados, son perfectamente acordes con su doctrina. El reino de Dios vive ya encarnado en la conducta humana de Jesús.

Palabra y testimonio no son todavía sino dos momentos de su acción evangelizadora. No basta con vivir y predicar el reino, es preciso construirlo en la sociedad. Jesús dedicará su existencia a iniciar esta construcción: rompe barreras en las relaciones humanas (Jn 4,9), defiende a los oprimidos (Lc 6,20-23) y cura a los enfermos (Mc 1,32-34). En una palabra: inaugura el reino.

La acción evangelizadora de Jesús comprende, por último, la denuncia de las situaciones de pecado y de los poderes que las promueven: la opresión de las autoridades injustas, la prepotencia de los sacerdotes del templo (Mc 12,1-12), la autosuficiencia engreída de los fariseos (Mt 23,13-32), la explotación de los peregrinos (Mc 11,15-18).

Anuncio, testimonio, conducta liberadora y denuncia son los cuatro componentes que constituyen la evangelización realizada por Jesús.

- ***El germen de la primera comunidad evangelizadora***

32. Jesús no es un evangelizador en solitario: convoca a un grupo de seguidores (Mc 3,13-15) y se dedica intensivamente a su evangelización, para así asociarlos a su propia tarea. No crea con ellos una escuela filosófica que se remita a propagar una nueva visión del mundo. No instaura un partido político que promueva un determinado modelo concreto de estructuración de la sociedad. No funda una nueva secta religiosa para vivir una religión más pura. Él crea una comunidad cuya única misión es hacer lo que Él hace: anunciar, vivir y promover el reino de Dios (Lc 10,1-16), y ser sal y fermento de la sociedad (Mt 5,13-16). Las leyes de esta comunidad son bien sencillas: aceptarlo como maestro (Jn 13,13), seguirlo viviendo como Él (Mc 1,16-19), estar dispuestos a participar de su destino (Mt 20,22-23).

- ***Resistencia, contradicción y persecución***

33. La palabra y la conducta libre y liberadora de Jesús no provocan sólo extrañeza sino crítica (Lc 15,1-2), contradicción (Mc 11,27-28), abandono de sus seguidores (Jn 6,66), persecución y muerte. Jesús es condenado porque su proceder, a pesar de ser manso y no-violento, resulta «subversivo» para aquella sociedad que se siente amenazada en sus mismos cimientos por este nuevo

mensaje. Si este reino va penetrando progresivamente en el tejido social van a cruzar muchos intereses. La muerte de Jesús es fruto de un reflejo defensivo de la sociedad de su tiempo. Ciertamente, la muerte del Señor es mucho más que esto. Pero es también esto. Judíos y romanos se sienten «más tranquilos» una vez crucificado el Señor. La muerte de Jesús significa para ellos la muerte del proyecto y del movimiento que Él ha iniciado.

Pero la muerte del Señor comporta además otra cosa: la disolución de la comunidad reunida en torno a Él. Herido el pastor, se dispersan las ovejas (Mc 14,27). El temor, la decepción, la tristeza disgregan a los discípulos. ¿Para qué reunirse si nada ya es posible? Quedan el recuerdo vivo y el amor al Maestro. Pero ha muerto la esperanza. Unos se vuelven a Galilea, otros se dispersan en Judea (Lc 24,13-35). En la tumba de Jesús queda sepultada la primera comunidad cristiana germinal. Todo ha terminado. Pero... ¿ha terminado de verdad?

La Iglesia primitiva prolonga en el mundo y en la historia el empeño de Jesús

- ***Resurrección de Jesús, resurrección de la comunidad evangelizadora***

34. No ha terminado todo, porque queda el Padre que ha enviado a Jesús. No ha enviado inútilmente a su Hijo amado. El Padre ha amado al mundo hasta el punto de enviarle a su Hijo unigénito (Jn 3,16). Este doble y único amor de Dios Padre resucitará a Jesús por medio de su Espíritu. La resurrección del Señor significa que el Padre apuesta de veras por el hombre nuevo y la humanidad renovada anunciados y protagonizados por Jesús.

El Resucitado se muestra a los discípulos. El Espíritu suscita en ellos esta experiencia pascual que, como onda expansiva, recorre la historia y ha llegado a nosotros. En torno al Señor viviente para siempre y presente entre los suyos se rehace la comunidad aniquilada (Lc 24,33). A la luz de la resurrección, ésta comprende mejor su naturaleza y su misión. Tiene algo que transmitir: «El Señor ha resucitado» (Hch 2,32-33). Su reino es una posibilidad real, ya existente germinalmente, que hay que desarrollar y construir. Quienes lo aceptan se incorporan a la comunidad de Jesús mediante el Bautismo (Hch 2,41), la expresan y robustecen en la Eucaristía (Hch 2,42), y asumen individual y comunitariamente la misión de la familia del Señor (Mt 28,19-20).

- ***Caracteres de las primitivas comunidades del NT***

¿Cómo son esas comunidades que van surgiendo en torno a la experiencia pascual transmitida por los apóstoles?

- ♦ *En torno al Señor resucitado*

35. Están constituidas por personas que provienen de diversas religiones y de posiciones sociales diferentes (aunque predominan las clases más pobres). Lo que las une no son unos vínculos de origen o de intereses, sino la fe en Jesucristo que las conduce a afirmarlo como viviente y presente entre ellas y a vivir y

extender su reino. La presencia del Señor es celebrada en la Eucaristía, verdadera reunión en torno a Él. La oración comunitaria ocupa un puesto importante en sus encuentros (Hch 2,42). «Partir el pan» es para ellos estímulo para revivir la alegría pascual en medio de la persecución (Hch 2,46-47), y signo y fuerza para compartir toda clase de bienes espirituales (1 Co 12,7) y materiales (Hch 2,44-45; 4,32-35).

♦ *Comunidades justas y pecadoras al mismo tiempo*

36. Estas comunidades no están compuestas de «puros» y «perfectos». En las comunidades de Corinto se cometen injusticias y fraudes entre hermanos (1 Co 6,8). Hay «fornicadores, avaros e idólatras» (1 Co 5,11). Sus celebraciones de la Eucaristía no siempre son verdaderamente fraternas (1 Co 11,20-22). En Tesalónica hay hermanos que viven desordenadamente (2 Ts 3,6.14). En Sardes hay quienes viven en una tibieza que es peor que el frío y el calor (Ap 3,15-16). Todos suscriben las palabras de San Juan: «Si dijéramos que no tenemos pecado nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros» (1 Jn 1,8). Pero no son comunidades «instaladas», sino «en camino». Tienen claro el horizonte hacia el que deben caminar (Hch 1,6-8) y se esfuerzan por acercarse a él (Hch 2,37-41). Plantadas en un mundo que les es extraño e incluso hostil viven la alegría de la fe, el aliento de la esperanza y el ardor de la caridad (2 Ts 1,3-5). Son comunidades vivas.

♦ *Profundizan su fe*

37. El vigor de la vida de estas comunidades se muestra, entre otras cosas, en su preocupación por conocer y asimilar progresivamente el mensaje del Evangelio. En otras palabras, son comunidades en proceso de catequización. Las cartas apostólicas circulan de comunidad en comunidad (Col 4,16); surgen maestros y catequistas dedicados a una enseñanza más sistemática del mensaje cristiano (1 Co 12,28); el Espíritu suscita profetas que les urgen a vivir con más radicalidad el espíritu de Jesús y no «acomodarse a este mundo» (1 Co 14,1-5).

♦ *Corresponsables*

38. Las comunidades tienen sus responsables mayores. Pero gran parte de sus miembros comparten la responsabilidad de la vida comunitaria. Todos se sienten responsables de las deficiencias que se producen en la comunidad (1 Co 5,1-13). Esta corresponsabilidad está diversificada. El mismo Espíritu despierta dones diferentes para el servicio de la comunidad (1 Co 12,4-11). No siempre se armonizan en la práctica estos dones diferentes (1 Co 12,14-18). Pero ello no les lleva a desecharlos en aras de una marcha más «unitaria», sino a mantener la identidad de los carismas de cada uno (1 Co 12,27-30) y a buscar un «ceñidor de la unidad» (Ef 4,3) que es la caridad fraterna (1 Co 13).

♦ *Comunidades evangelizadoras*

39. A pesar de su talla numérica exigua, no son, en general, comunidades acomplejadas y vueltas hacia sí mismas. Un dinamismo evangelizador las convierte en centros de difusión del Evangelio (1 Ts 1,6-8; 2,13; Col 1,6). La vida interior de aquellas comunidades –la oración, la escucha de la palabra, el pan

compartido, la caridad fraterna— «no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, y se hace predicción y anuncio de la buena nueva» (*Evangelii nuntiandi*, 15).

La tarea de anunciar el Evangelio a aquellas gentes que aún no lo han recibido en absoluto o de manera insuficiente, recae más directamente sobre los apóstoles. Ésta es su prioridad irrenunciable (1 Co 1,17; 9,16). A esta misión se dedican igualmente grupos de colaboradores misioneros que participan activamente en ella (Hch 18,24-26; Flp 2,25). Pero es toda la comunidad la que siente la responsabilidad de la evangelización. El testimonio de vida cristiana entre incrédulos (1 Pe 2,12; Flp 2,14-16), la difusión y anuncio de la palabra del Señor (1 Ts 1,8), la transformación de las costumbres paganas acerca del matrimonio (1 Co 5,2-5), de la esclavitud (Flp 1), de la idolatría (1 Co 5,9-13) y la múltiple colaboración con los misioneros acogidos, acompañados, prestándoles sus bienes, son signo de esta responsabilidad vivida comunitariamente.

Ser comunidad evangelizadora hoy

- ***Fidelidad creadora y acomodación conformista***

40. La conducta de Jesús y el modelo de comunidad apostólica diseñado en el NT son normativos para la Iglesia. Los parámetros fundamentales de la comunidad evangelizadora están inventados. Reclaman de nosotros una fidelidad expresada en una adhesión teórica y práctica al modelo normativo.

Pero la fidelidad es creadora. En virtud de ella, la Iglesia se siente impulsada por el Espíritu a reinventar aquellos modos concretos de formulación teórica y de plasmación práctica del modelo, que son requeridas por la necesidad de adaptarse a nuevas épocas y a áreas geográficas y culturales muy diversas.

La Iglesia ha intentado cumplir, con mayor o menor acierto a lo largo de la historia, esta exigencia de la fidelidad creativa. Ha experimentado la tentación de confundir la acomodación conformista con la verdadera adaptación. Han existido épocas en que su norte comunitario se ha nublado. Ha vivido momentos en que su audacia evangelizadora se ha debilitado. La historia de la Iglesia está tejida de lucidez y de fidelidad, y empañada de oscurecimientos e infidelidades a su vocación de comunidad evangelizadora.

Asistimos en nuestro tiempo a un esfuerzo de reformulación teórica y de renovada vivencia práctica de esta vocación que constituye el ser mismo de la Iglesia de Jesús. El Concilio Vaticano II la ha abordado singularmente en dos de sus documentos capitales: la *Lumen gentium* y la *Gaudium et spes*. Posteriormente, el Papa Juan Pablo II ha desarrollado esta temática en su encíclica *Redemptor hominis*, y nos ha desvelado la naturaleza del servicio de la Iglesia a la comunidad humana.

- ***La Iglesia, sacramento de unidad***

41. La Constitución *Lumen gentium* ha acuñado un concepto teológico que incluye, unifica y desborda el concepto de comunidad evangelizadora: la sacra-

mentalidad de la Iglesia. Ella es para el Concilio «sacramento universal de salvación» (*Lumen gentium*, 48), «como un sacramento: o sea, señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, 1), «el sacramento visible de la unidad salvadora (para el mundo)» (*Lumen gentium*, 10).

Queremos recoger sumariamente algunos aspectos de esta concepción, que nos ayuden a comprender, a su luz, nuestra dimensión comunitaria y evangelizadora.

Todo sacramento es, al mismo tiempo, señal e instrumento. En su calidad de señal de la unión de los hombres con Dios, corresponde primeramente a la Iglesia hacer patente al mundo que Dios lo ama en Cristo con amor paternal e indefectible, a pesar de todo. Y, puesto que toda unión es mutua, ha de evocar también en la familia humana su vocación a amar a Dios. Para ello, ha de ser ante todo la Iglesia misma una comunidad humana que ama a Dios por encima de todo otro amor.

Pero la comunidad cristiana es, además, instrumento de esta unión entre Dios y los hombres. Y como tal instrumento, es tarea suya hacer operante este amor de Dios al mundo, prestándose a Él para que pueda encarnar su amor en todo el quehacer de la Iglesia. Cuando la comunidad cristiana evangeliza, hace presente, patente y operante en el mundo el amor salvador de Dios.

La Iglesia es, asimismo, señal e instrumento de la unidad de los hombres entre sí. Como señal de esta unidad del género humano, asume la grave responsabilidad de significar, mediante su propia vida comunitaria, esta vocación de toda la familia humana a vivir unida. La vida comunitaria de la Iglesia ha de provocar a la humanidad y estimularla a buscar tenazmente su unidad, a pesar de todo lo que divide y enfrenta a los humanos.

Puesto que la comunidad cristiana es, además, instrumento de esta unidad humana, debe convocarla sin desmayo a esta tarea, asumir iniciativas encaminadas en esta dirección y colaborar en toda empresa orientada a conseguir la unidad de las personas, los grupos y los pueblos.

En resumen, la Iglesia, en su ser y en su obrar, cumple su misión sacramental de evocar, provocar y convocar a la comunidad humana.

- ***Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo***
(Gaudium et spes, IV)

42. Porque la Iglesia es «sacramento de unidad», su misión en el mundo consiste en ser «fermento de la sociedad» (*Gaudium et spes*, 40). Dicha misión incluye necesariamente la promoción de la unidad en el mundo (cfr. n. 42) y la animación del dinamismo humano legítimo y benéfico para la sociedad (cfr. n. 43).

Tres son los grandes servicios que, según el Evangelio, la Iglesia ha de prestar al hombre y a la sociedad, si quiere cumplir aquella noble misión.

El primero consiste en descubrir a los humanos, mediante el anuncio de su propia fe, que el sentido último de la existencia humana y la verdad más profunda acerca del ser humano es el Dios de Jesucristo (cfr. n. 41). Por su misma presencia en el mundo y por su testimonio, la Iglesia ha de manifestar que «el Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones» (n. 45). Este sentido último no es un lujo, sino una necesidad para el hombre de todos los tiempos que lo busca, al menos confusamente (cfr. n. 41).

El segundo servicio consiste en proclamar y promover la dignidad de todos los hombres. Su vocación de hijos de Dios es el fundamento último de dicha dignidad. De ella derivan los derechos de la persona, entre los cuales destacan la libertad de todas sus esclavitudes, particularmente de aquéllas que atenazan la conciencia humana. Pero, asimismo, la dignidad de todo hombre exige que cada uno de los humanos haga fructificar los talentos recibidos en servicio de la humanidad (cfr. n. 41).

El tercer servicio comporta la promoción de la unidad humana (cfr. n. 42). Es tarea de la Iglesia «establecer y consolidar la firmeza de la comunidad humana» (n. 42). Ella tiene «la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios» (n. 40). La misma universalidad de la Iglesia, que agrupa en su seno creyentes de razas y culturas diversas, «puede constituir un vínculo estrechísimo, entre las diferentes naciones y comunidades humanas» (n. 42). La fe cristiana que la Iglesia anuncia, presenta a los hombres el «fundamento indisoluble de su unidad en el Espíritu Santo». Y la caridad de la comunidad eclesial contribuye a construir aquélla al emprender obras al servicio de todos (cfr. n. 42).

43. Este triple servicio es prestado por la Iglesia no sólo por medio del testimonio activo de toda la comunidad, sino también por el de sus miembros que son al mismo tiempo «ciudadanos de la comunidad temporal y de la ciudad eterna» (n. 43). Los laicos juegan en dicho testimonio un papel insustituible. El divorcio entre fe y compromiso en el mundo «debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra sociedad» (ibíd.).

Sabe, sin embargo, la Iglesia que «aun hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros. No siempre a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al espíritu de Dios... De igual manera, comprende la Iglesia cuánto le queda aún por madurar... en la relación que debe mantener en el mundo» (n. 43).

La Iglesia, por último, concibe esta relación como un verdadero y «vivo intercambio» (n. 44), en el que no solamente aporta, sino también recibe. Reconoce que el progreso científico, los tesoros escondidos en las diversas culturas, en el saber filosófico de los hombres y la misma evolución de la vida social le han enriquecido a ella misma, por cuanto le han supuesto una valiosa ayuda para conocer con mayor profundidad su propia naturaleza y misión, «para expresarla de forma más perfecta y para adaptarla con mayor acierto a nuestros tiempos» (n. 44).

IV.- LOS CAMINOS DE NUESTRA CONVERSIÓN EN LA PRESENTE CUARESMA

La lectura actualizada que hace el Concilio para toda la Iglesia no nos dispensa de prolongar esta lectura y aplicarla a nuestras Iglesias locales. Ellas están llamadas a ser aquí sacramento de unidad y, por ello, comunidades evangelizadoras. Nuestras Iglesias tienen que retraducir creativamente su condición de tales desde la fidelidad al Señor y la atención a nuestra sociedad concreta. Intentamos ahora esbozar primero las líneas mayores de esta retraducción a la que nos urge el Espíritu del Señor resucitado. En un segundo momento procuraremos sugerir algunos pasos concretos de conversión, en que habrían de fijar su atención tanto las personas y grupos de Iglesia como las instituciones eclesiales.

Líneas mayores de construcción de nuestras comunidades evangelizadoras

Si los elementos que constituyen el acto evangelizador de la comunidad cristiana son el anuncio, el testimonio, el compromiso transformador de la sociedad y la denuncia, veamos cómo dar a este cuádruple cometido el sentido y la sustancia postulados por el Evangelio y por las necesidades de nuestra sociedad.

- ***Un anuncio que afirma el sentido de la vida y la voluntad de vivir***

44. El mensaje del Evangelio tiene una increíble virtualidad para interpelar y sacudir la actitud cansada y apática ante la vida, que caracteriza a nuestra sociedad. Esta actitud le conduce a la desesperanza y a la tristeza, y acaba amortiguando el mismo aliento ético del hombre, que necesita un «tono vital» elevado para abordar con coraje las arduas tareas que le solicitan.

Nuestra fe cristiana es adversaria del absurdo. Al hombre actual, que «no ve salida», le ofrece el futuro abierto por Jesucristo, presente ya como fermento vivo en la sociedad. Creer en el Resucitado significa afirmar que la fuerza de su resurrección está presente en las venas de la historia y en las entrañas mismas de nuestra comunidad humana. Significa que nada ni nadie puede apagar ni amordazar esta fuerza de Jesús. Significa, por tanto, que la verdad, el amor, la libertad y la vida, son, en su fragilidad, más fuertes que sus contrarios. Significa que nos es posible ser más libres, más fraternos y más felices ya desde ahora. Significa que a través de la historia «Dios acabará ganando».

¿Hay un mensaje más necesario y más estimulante para esta sociedad desencantada? ¿Hay mayor fraude que el no ofrecer a nuestra gente este suplemento de aliento y de esperanza? Los cristianos tenemos que refrescar en las aguas de nuestra fe esa esperanza perdida o menguada. Toda comunidad cristiana y cada uno de sus miembros están llamados por Jesús a ser «ambientadores», que recojan y aniquilen el mal olor del desaliento ambiental y exhalen el buen olor de una esperanza contra toda esperanza.

45. El anuncio del Evangelio, destinado singularmente a los diversos tipos de alejados, habría de llegar a la raíz misma donde brota su alejamiento y recoger la oscura aspiración a ser evangelizados que con frecuencia se descubre en el corazón mismo de este alejamiento.

Tendríamos que comenzar por escucharles. No por pura táctica pedagógica, sino porque tienen también un mensaje que transmitirnos. Este mensaje debe interpelarnos a las comunidades y a sus Pastores, y urgirnos a la conversión. En él hemos de descubrir cuál es la naturaleza de sus dificultades para creer y vivir la fe, y cuáles son los caminos para iniciar «desde abajo» un nuevo itinerario hacia ella.

Desde esta escucha atenta y cercana, podemos y debemos interpelarles. El abandono religioso es, con frecuencia, el último paso de un proceso de descuido que les ha ido alejando de la vida real de la Iglesia y les ha conducido a su situación actual.

La escucha y la interpelación pueden preparar el camino para un momento muy importante: discernir con ellos, en el interior mismo de su decepción, de su insatisfacción, de sus inquietudes y aspiraciones más nobles, la necesidad de ser evangelizados y la llamada de Dios a la fe. Es el momento del anuncio explícito de Jesucristo «como liberador de todo lo que oprime al hombre» (*Evangelii nuntiandi*, 9). Es el tiempo de anunciarles el «kerigma» en toda su desnuda grandeza.

A partir de este momento podremos presentar a jóvenes y adultos el ideal cristiano de construcción del hombre nuevo y de la humanidad renovada, como algo capaz de dar sentido pleno a una vida. Y, al mismo tiempo, como algo posible, no fatalmente destinado a la esterilidad. Y podremos ofrecerles la comunidad cristiana como un espacio de realización de esta tarea común. Tendremos que encontrarnos sin duda en este paso con sus resistencias ante la Iglesia. Será tarea difícil, pero no imposible, el acompañarles en el descubrimiento de grupos eclesiales que saben soportar y digerir las oscuridades de la Iglesia y reconocer con alegría los muchos puntos luminosos que brillan en ella.

La construcción de la nueva humanidad requiere unas actitudes éticas que recogen, educan y orientan los impulsos espontáneos de la persona y del grupo. Aquí será necesaria una presentación positiva de la ética cristiana, no ya como enemiga de la vida gozosa y libre, sino como realización y maduración del ser humano y de la sociedad.

A la luz de esta ética ya aceptada, se hará posible un esfuerzo por deshacerse de las esclavitudes y «falsas necesidades» inducidas por la complicidad de los reclamos de la sociedad con las propias apetencias instintivas.

De este modo, al menos algunos de los que están lejos, podrán volver a sentirse cerca del Señor, del Evangelio y de su Iglesia. Y la comunidad cristiana se asociará al gozo del Padre: este hijo «estaba perdido y ha sido hallado» (Lc 15,32).

- ***Testimonio: la comunidad cristiana, un punto de referencia para la comunidad humana***

El testimonio real de comunidad, a pesar de ser silencioso e incompleto en sí mismo, es absolutamente necesario para que el signo del anuncio verbal sea creíble. Es, pues, imprescindible que si nuestras Iglesias quieren cumplir su tarea procuren ser ellas mismas, en su totalidad y en todas las comunidades intermedias que la constituyen, una porción unida, pacificada y reconciliada de la humanidad. Entonces pueden llamarse a sí mismas «experimento vivo de verdadera humanidad» (K. Rahner).

Esta noble misión, que forma parte de su testimonio evangelizador, exige una renovación constante de su ser comunitario y una conversión continua de sus propios pecados en esta materia. He aquí algunos rasgos de este testimonio.

- ◆ *La autoridad como servicio*

46. Hemos de cuidar que la autoridad, necesaria para la unidad, se conciba y se ejerza como un verdadero servicio y nunca como abuso autoritario. Todos los que en las comunidades cristianas, en cualquiera de sus niveles, ejercemos algún tipo de autoridad, siquiera puramente moral, hemos de encarnar esta actitud servicial que es el alma y la razón de ser de toda autoridad en la Iglesia. Nos incumbe evitar no sólo las manifestaciones abiertas de dominación, sino incluso aquéllas más encubiertas en que la voluntad de poderío puede disfrazarse de un ropaje de «no directividad». Sólo en el límite y en asuntos importantes ha de darse en la Iglesia, tras el esfuerzo sincero de la búsqueda del consenso en el diálogo, el ejercicio de la autoridad por encima de la voluntad de sus miembros. Y en tales casos ha de ejercerse con manda firmeza. La debilidad no es constructora, sino disgregadora de comunidad.

- ◆ *La corresponsabilidad*

47. Dar testimonio de comunidad requiere asimismo establecer en los grupos eclesiales una corriente de participación corresponsable. Ésta se distingue de la pura colaboración por dos rasgos: porque intenta asociar a los participantes en el proceso de gestación de las iniciativas y acciones eclesiales, y no sólo en el momento de su ejecución; y además, porque induce en los que colaboran una preocupación por la totalidad de las acciones eclesiales, no sólo por la parcela de acción que cada uno realiza. Acaparar las responsabilidades por un celo no bien orientado, por desconfianza en los colaboradores o por afán de poder, significa obstaculizar la creación de comunidad.

Obispos y presbíteros, religiosos y laicos comprometidos, debemos preocuparnos no sólo de asumir y cumplir responsabilidades, sino de procurar que otros las asuman y las cumplan. No basta hacer. Es preciso hacer que otros hagan. Cada uno de los cristianos comprometidos debemos encontrar nueva gente que se comprometa y se responsabilice.

◆ *Compartir*

48. Vivir la comunidad supone también compartir nuestros bienes. Las comunidades cristianas han de estar dispuestas a desprenderse de personas, de planes, de instalaciones y de bienes económicos, para ayudar a comunidades necesitadas y a personas y grupos sociales desfavorecidos. He aquí un signo que tiene gran valor para «desconcertar» y «hacer pensar», en esta sociedad troquelada por el contrato y pobre en gratuidad. Pablo VI decía que es rico todo aquél que tiene más de lo necesario y no lo pone de algún modo a disposición de los desposeídos (cfr. *Populorum progressio*, 23). Diócesis, parroquias, comunidades religiosas y de laicos, hemos de preguntarnos en qué nivel vivimos y estamos dispuestos a vivir este reclamo del compartir. Todo creyente que no quiera manchar el nombre cristiano debe hacerse esta pregunta exigente: ¿qué bienes (de fe, de cultura, de temperamento, de valor económico, de tiempo, de trabajo) puedo poner al servicio de la comunidad cristiana y de los pobres? Esa pregunta nos hará temblar. Pero este temblor puede ser la puerta que abrimos a nuestra salvación.

◆ *Comunidad de diálogo*

49. El diálogo es constructor de comunidad y signo de libertad. Juan Pablo II ha dedicado la Jornada de la Paz del año naciente a este tema: «El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo». Dios ha entrado en diálogo con nosotros por su Hijo, para hacer posible el diálogo entre nosotros. El diálogo ha de ser la vía normal de entendimiento y de enriquecimiento entre personas y grupos. No excluye el debate y la discusión, pero los desborda. Su caricatura es la yuxtaposición de monólogos: su antagonista, «el diálogo de los arcabuces». Educar a creyentes para el diálogo es preparar ciudadanos que sepan introducir, en la confrontación selvática de nuestra sociedad, un elemento importante de humanismo. Nuestras reuniones deben ser espacios de diálogo, en los que se aprenda a recoger con respeto la verdad de otro y a exponer con franca libertad la nuestra. No sacrifiquemos el diálogo en aras de una supuesta eficacia inmediata. Educar es, siempre, a la larga, más rentable que zanjar apresuradamente las cuestiones.

Una Iglesia que camina por estos carriles comunitarios crea no sólo creyentes diferentes, sino, por ello mismo, ciudadanos, padres, profesores, políticos diferentes. Una Iglesia así ofrece con modestia al mundo uno de los más altos servicios que éste necesita y tiene derecho a esperar de ella.

• ***Compromiso transformador: pacificar***

50. Evangelizar significa para la Iglesia «transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los centros de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras, y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación» (*Evangelii nuntiandi*, 19).

Una comunidad cristiana que quiera evangelizar hoy tiene que ayudar a sus miembros a descubrir campos de compromiso. Debe impulsar o apoyar ac-

ciones que transformen ambientes y estados de opinión y estructuras deshumanizadoras.

Una tarea nos parece especialmente urgente hoy para el servicio de nuestra sociedad concreta: colaborar a su pacificación.

La realidad de esta sociedad nos revela un índice muy alto de conflictividad y de intolerancia. Lo social y lo político dividen, subdividen y enfrentan a nuestros conciudadanos. Es ya un grave problema el que las fuerzas sociales y políticas estén tan fragmentadas. Es aún mayor problema el que estén pasionalmente enfrentadas. Viejas heridas, lenta y laboriosamente restañadas, se están abriendo de nuevo. En este panorama sombrío creemos vislumbrar, sin embargo, un tímido pero creciente movimiento hacia la reconciliación. ¿Se acerca «la hora del Dios de la paz»?

Es preciso que, hoy más que nunca, las comunidades creyentes y cada uno de los cristianos, reconozcamos prácticamente nuestra vocación pacificadora. Algunos viejos capiteles románicos llevan tallada en piedra la estela de un eclesiástico colocado entre dos caballeros contendientes y reteniendo con sus brazos sus lanzas en alto. Esto puede ser un símbolo de nuestra tarea.

51. Pacificar requiere, en primer lugar, educar nuestra conciencia política. Nuestra pasionalidad política no es sólo fruto de nuestro temperamento, ni del carácter fuertemente emotivo de todo ideal de esta naturaleza, ni de la presión a la que entre nosotros ha estado sometida largos años la expresión de muchas de nuestras convicciones en este punto. Es debida, además, a una pobreza de información histórica, de criterios y de contenidos de educación política. Los fanatismos, los extremismos, los maximalismos, la negación de aspectos esenciales de la propia identidad colectiva, la proclamación de las propias opciones como las únicas válidas y legítimas, arraigan mucho más fácilmente cuando es débil la estructura racional de nuestras actitudes políticas.

Pacificar entraña, además, introducir una nueva clave, desconcertante pero imprescindible, en nuestra convivencia: la capacidad de olvidar. Ella es tan trascendental para los individuos y las colectividades como la capacidad de recordar. Una sociedad debe reclamar sus derechos. Pero el espíritu reivindicativo conduce a la mutua destrucción de los enfrentados. En lenguaje cristiano, esta capacidad de olvidar se llama perdón. Paz y perdón están íntimamente unidos. Desde que Jesús perdonó a sus enemigos en la cruz, los creyentes sabemos que la temblorosa llama del perdón es más vigorosa que el inmenso incendio del odio y de la violencia.

Pacificar requiere, por último, aprender a mirar juntos al futuro, para construirlo solidariamente, sin quedarnos atrapados en las ruedas de la repetición del papado. Para emprender esta marcha nueva, es necesario que lleguemos a la persuasión viva de que es mucho más lo que tenemos en común que lo que nos distancia. Tenemos que explicitar ese caudal común y fijar unas bases de consenso y de convivencia, si no queremos acabar devorándonos. Así lo está requiriendo la grave situación de nuestra sociedad.

- ***Denuncia: señalar los aspectos inhumanos de nuestra sociedad***

El anuncio de la buena noticia no puede olvidar la presencia y la densidad del pecado en el mundo. Quien anuncia el reino de Jesús en una situación social determinada, ha de desvelar a la luz del proyecto de Jesús, los hechos, las realidades y servidumbres que lo rechazan o lo retardan. En una palabra, ha de practicar la denuncia. El puro anuncio es ingenuidad que desconoce la fuerza del pecado instalado en el mundo. La pura denuncia es negativismo que ignora que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20).

- ◆ *El rendimiento como valor supremo*

52. Se despliega en varias manifestaciones. Una de ellas es la «ética de la eficacia», que antepone los resultados a corto o medio plazo a otra toda consideración de humanismo. Despidos improcedentes, decisiones políticas oportunistas, concepciones puramente utilitarias de la propia profesión, etcétera, suelen ser algunos indicadores de esta actitud.

La mentalidad productivista, que identifica el «ser más» con el «producir más», constituye en las sociedades industriales una amenaza para el hombre y le hace esclavo y desgraciado, puesto que despierta, al mismo tiempo, en sí, nuevas «necesidades» para cuya satisfacción es imprescindible seguir produciendo aceleradamente.

El modelo desarrollista de sociedad, que hemos interiorizado una gran mayoría de personas, confunde el desarrollo material sin fin con la realización humana, y provoca una sensación colectiva de catástrofe cuando, como en el momento presente, la realización del mismo está amenazada por la nueva situación económica.

- ◆ *Valoración utilitarista de la persona*

53. En una sociedad que adora al dios del rendimiento, es difícil sustraerse a la tentación de estimar al ser humano en función de su utilidad. Los seres «no productivos» son menos valorados y acaban confundiendo ellos mismos el «no soy útil» con el «no valgo». Su infravaloración se traduce en marginación. Podemos preguntarnos si por esta vía no nos estamos acercando a unas actitudes que pudieran conducir, en el extremo, a la liquidación de los no útiles.

Esta subversión de valores abre las vías a la manipulación de las personas en aras de unos intereses utilitarios. Las técnicas biológicas se emplean para matar la vida humana en gestación. Las técnicas psico-sociológicas, para convertirlo en un esclavo domesticado y «satisfecho».

- ◆ *Hedonismo*

54. Una sociedad encaminada a producir mucho para sí misma, tiene que consumir mucho. La elevación inmoderada del consumo suscita actitudes hedonistas, que consisten en la búsqueda del placer por encima del deber, del servicio y del compromiso. La misma «explosión sexual» de nuestro tiempo tiene aquí una de sus raíces. El hedonismo no genera por sí mismo sino insolidaridad, irres-

ponsabilidad e insatisfacción creciente. El deseo humano es ilimitado, y el hedonismo no hace sino atizarlo obstinadamente.

◆ *El imperio de la fuerza*

55. Un mundo así ha de producir necesariamente una tasa alta de tensiones y conflictos de interés. La fuerza en su estado bruto, o disfrazada en forma de poder económico o político, corre el riesgo de convertirse en árbitro que dirime los conflictos a favor del más poderoso. La justicia, la razón humana, el diálogo, tienden a sucumbir ante la fuerza. Las personas, los pueblos, las culturas, las clases sin poder, se ven obligadas a declinar sus derechos.

◆ *En la Iglesia hay también «mundo»*

56. La Iglesia no contempla todos estos rasgos inhumanos desde una campana de cristal. También ella se siente tentada, salpicada y, a veces, implicada en este clima social. La línea divisoria entre el bien y el mal no pasa por fuera de la comunidad eclesial, sino que la surca a ella misma. El pecado que obstaculiza el crecimiento del reino está presente también en ella. Por ello, una Iglesia que desea evangelizar ha de saber autocriticarse a sí misma y escuchar las críticas y denuncias que se le hacen desde fuera, sobre todo por aquellos que, aunque alejados de ella, viven y luchan por valores del reino de Dios. De este modo, se prepara eficazmente para escuchar la llamada del Señor a la conversión.

Personas, grupos e instituciones más comunitarios y más evangelizadores

• ***Personas y grupos***

◆ *Cristianos en un mundo secular*

57. En nombre del Evangelio, queremos alentaros a una presencia activa en alguna de las diversas asociaciones cívicas de las que podéis sentiros más cercanos en virtud de vuestra condición profesional, de vuestro estado civil o de vuestras opciones político-sociales. Las asociaciones de padres de familia, de padres de alumnos y de barrios, los grupos culturales y educativos, y los sindicales y políticos, son campos importantes en los que habéis de vivir el compromiso liberador exigido por la evangelización. A algunos, os será posible conjugar este compromiso con algún ministerio eclesial (monitorado, catequesis, Cáritas) de construcción de la comunidad cristiana. En otras ocasiones, habréis de optar por uno u otro campo.

En vuestra condición de evangelizadores, el Señor os llama a vivir una fe confesante que, con respeto y sin complejos, habrá de expresarse en vuestras palabras y en vuestras obras. En estos «tiempos recios», el valor para confesar la fe no es fácil, pero es trascendental para ofrecer la buena noticia.

No habéis de olvidar que, en estos medios, sois enviados de la comunidad cristiana y el rostro cercano de la comunidad de Jesús. Y para que la calidad de vuestro testimonio no decaiga, sino que se aquilate, habéis de buscar y pedir de

esta comunidad los servicios necesarios para «mantener vuestra confesión» (cfr. Hb 10,23).

58. Pero queremos insistir todavía en un momento de la acción evangelizadora, que es el más específico del laicado y requiere por ello de vosotros una especial atención: el compromiso liberador. Os afecta no sólo a aquellos que pertenecéis a grupos u organizaciones de carácter cívico, sino también a aquellos que no tenéis ninguna afiliación.

La tarea de sembrar y cultivar en el seno de vuestros ambientes e instituciones los valores del humanismo coherentes con el Evangelio, es especialmente vuestra. El cuidado de que nunca se pisotee la dignidad de las personas, el cultivo del espíritu de diálogo y de concordia, el trabajo por sanear las estructuras en las que ejercéis vuestra actividad, la prontitud y valentía en la defensa de los más débiles, la siembra de criterios de verdadero humanismo, la promoción de una saludable autocrítica de las instituciones a las que pertenecéis, la mirada más allá de vuestras aspiraciones gremiales o corporativas, la abnegación para aceptar cargos incómodos que supongan un auténtico servicio, la tenacidad para no sucumbir al desaliento en vuestro quehacer transformador, la magnanimidad para soportar la contradicción, e incluso la persecución por ser fieles a vuestra vocación de servicio... son otras tantas actitudes que habéis de procurar vivir en el seno de vuestros compromisos cívicos. Ahí tenéis una serie de valores humanos que habéis de vivir en cristiano, e irradiarlos en vuestros ambientes y asociaciones.

Un profesor cristiano no puede contentarse con ejercer con honestidad y competencia su función docente. Debe preocuparse de que la estructura de la escuela privada o pública sea mejorada y funcione mejor. Un obrero cristiano no puede quedar satisfecho con ser un buen profesional y un buen compañero. Tiene que hacer lo que está en su mano para que su empresa sea más justa y más participativa. Un médico cristiano no puede remitirse a un cuidado escrupuloso de sus pacientes y a un trato humano con ellos. Tiene que colaborar en la mejora estructural y funcional de la institución sanitaria en la que se trabaja. Un cristiano que ostenta un cargo público no puede tranquilizarse con «hacerlo bien». Tiene que procurar también que otros lo hagan bien, y que el mismo proyecto que inspira su hacer común sea más justo y solidario. No se trata, pues, puramente, de santificarse en la profesión, sino de santificar la profesión misma.

Ésta es vuestra vocación, difícil pero apasionante. Así los laicos «consagran el mundo» (*Lumen gentium*, 34) y contribuyen «a la dilatación del reino de Dios en el mundo» (*Lumen gentium*, 35).

♦ *Movimientos apostólicos*

59. Un mundo cada vez más descristianizado, postula un vigor renovado de nuestros movimientos apostólicos. Existen, entre nosotros, algunos pocos, que viven una etapa dinámica y están cobrando un notable empuje evangelizador. Otros muchos no habéis podido recobraros todavía de la crisis padecida en los años sesenta. La crisis religiosa general os ha afectado también y ha ido erosionando los ya menguados efectivos personales de los que disponáis.

Parece que la necesidad de potenciar los movimientos apostólicos vuelve a dejarse sentir en ámbitos cada vez más amplios de nuestras Iglesias. Saludamos con esperanza el renacer de esta inquietud.

Quisiéramos pedirnos que renovéis vuestro impulso evangelizador. Tal vez muchos habéis vivido un cierto repliegue en este punto. Quizás sea preciso que profundicéis en el concepto mismo de evangelización. Una más completa comprensión de este quehacer es un punto de arranque necesario para afrontar, en la intemperie de nuestros ambientes, la ruda y gozosa tarea de anunciar, testificar y promover el reino de Dios.

Cuidad de que ninguno de vuestros equipos apostólicos sea un puro grupo de trabajo. Bastantes habéis incorporado a ellos algunos caracteres comunitarios. Proseguid por este camino.

Muchos de los movimientos utilizáis habitualmente en vuestras reuniones el método de revisión de vida, sumamente apto para vuestro cometido apostólico. Extraed de dicho método las potencialidades educativas y evangelizadoras que encierra.

Llamad a otros cristianos a formar parte de vuestros movimientos. Buscadlos preferentemente en vuestros ambientes e iniciadlos a la vida apostólica.

◆ *Pequeñas comunidades cristianas*

60. Os invitamos a miraros en el espejo de las comunidades del NT, para alegraros de los rasgos que el Espíritu va marcando en vosotros y recoger e incorporar con cuidado en vuestra vida comunitaria aquellos otros más descuidados. Unas comunidades más replegadas, necesitarán descubrir con mayor claridad y fuerza su vocación evangelizadora. Otras, la dimensión socio-política de la fe. Otras, el cuidado de su oración comunitaria. Muchas, su conexión afectiva y efectiva con otros grupos de Iglesia. A todas les pedimos que refuercen su conciencia de pertenecer a la comunidad diocesana presidida por el Obispo y a las unidades territoriales que la componen, y a vivir con aquélla una comunión no distante ni puramente simbólica, sino real y cercana.

Conscientes de que muchas de estas comunidades tienen no sólo un puesto sino un porvenir en la Iglesia de Jesús, os pedimos arrojo para hacer la oferta de vuestro estilo de vida sobre todo a gentes alejadas.

La ayuda de vuestros miembros en la acción catequética celebrativa o ser-vicial podría y debería revitalizar a muchas parroquias débilmente equipadas de personas preparadas para estos ministerios.

◆ *Asociaciones y comunidades supradiocesanas*

61. La vitalidad de la Iglesia, animada por el Espíritu Santo, ha engendrado grupos asociados o comunitarios que, nacidos en una Iglesia local, han trascendido los límites de la misma y, con un espíritu admirable, se han extendido por muchas diócesis en el ancho mundo. Este mismo crecimiento, y la justa preocupación por mantener un grado de unidad y de identidad, os ha conducido a

crear unas estructuras supradiocesanas que os proporcionan pautas de vida y funcionamiento, contenidos doctrinales y métodos propios.

Los grupos de este estilo, que pertenecéis a nuestras diócesis, seguid fielmente las indicaciones que recibís de vuestros propios organismos superiores. Con bastante frecuencia descuidáis el contrastarlas con las orientaciones diocesanas. Nos parece que algunos no consideráis necesario este contraste y, con una excelente voluntad que valoramos gustosamente, estimáis suficiente una autorización inicial del responsable parroquial o diocesano para ejercer vuestro trabajo eclesial propio, no siempre del todo concorde con aquellas orientaciones.

Queremos recordaros a todos las palabras dirigidas hace un año por el Papa a uno de estos grupos supradiocesanos: «A ella (María) de modo especial, queridísimos hermanos y hermanas, os confío y también confío vuestra dedicación generosa para que, en perfecta y concorde adhesión a la Iglesia y siempre bajo la dirección pastoral de vuestros Obispos, deis una aportación personal a la obra fundamental de la catequesis, actuando de manera que no transmitáis vuestra doctrina o la de otro maestro, sino la enseñanza de Jesucristo».

Desearíamos conocer mejor vuestros contenidos catequéticos y vuestros métodos de educación en la fe. Querriamos, asimismo, que en número creciente pudierais los miembros de estos grupos colaborar –como ya lo estáis haciendo algunos– en las tareas de nuestras parroquias, en comunión plena con las directrices pastorales diocesanas.

♦ *Comunidades religiosas*

62. Constituís un valioso sedimento activo de experiencia comunitaria y evangelizadora en la vida de la Iglesia. Habréis de trabajar, como ya lo estáis haciendo en muchas comunidades, por renovar vuestra vida común, de tal manera que pueda ser punto de referencia para el movimiento comunitario que el Espíritu está suscitando en el pueblo de Dios y, al mismo tiempo, una realidad del reino significativa e interpeladora para la gente alejada.

Vuestros tres votos tienen hoy un carácter testimonial de valor inapreciable (*Evangelii nuntiandi*, 69). Son un modo paradójico, pero real, de vivir positivamente tres aspiraciones humanas fundamentales: tener, ser alguien, amar. El «tener» se realiza en vuestra pobreza, porque «el que pierde todo por mí y por el Evangelio, lo poseerá todo» (cfr. Mc 8,35). El «ser alguien» toma cuerpo en la disponibilidad de la obediencia ya que «el que quiera ser alguien, ha de ser servidor de todos» (cfr. Mc 9,35). El «amor» se vive sublimado y hecho servicio eclesial en el celibato y la virginidad, puesto que «la alegría de los amigos del esposo consiste en colaborar en el encuentro con su esposa» (cfr. Jn 3,29).

A través de vuestra consagración expresada en los votos, constituís una contestación silenciosa, mansa e intrépida, a un mundo que con demasiada frecuencia convierte el deseo de tener en ansia inmoderada de posesión, la aspiración a ser alguien en ansia desmedida de poderío, el amor gozoso en disfrute egoísta y hedonista. Y esta consagración tiene valor testimonial admirable tam-

bién cuando es vivido en la clausura de los monasterios, los cuales constituyen para la Iglesia un precioso don de Dios y una fuente de vigor evangelizador.

Avivad vuestros lazos de comunión con las Iglesias locales, según os lo pedía el Papa en Loyola: «Una eficaz manera de apertura y disponibilidad podréis ofrecerla, mediante vuestra inserción en las comunidades de vuestras Iglesias locales». Reinterpretad con fidelidad creativa vuestros carismas y ponedlos enteramente a su servicio.

◆ *Presbíteros*

63. Los presbíteros «reúnen la familia de Dios como una fraternidad animada con espíritu de unidad» (*Lumen gentium*, 28). «Están puestos en medio de los laicos para llevarlos a todos a la unidad en la caridad... A ellos toca, consiguientemente, armonizar de tal manera las diversas mentalidades, que nadie se sienta extraño en la comunidad de los fieles» (*Presbyterorum ordinis*, 9).

Con todo, vuestro modo de vida habitual, y la misma educación que muchos hemos recibido en el seminario, no acentúa suficientemente la condición comunitaria de toda vida cristiana. Como responsables en una Iglesia más comunitaria habéis de buscar formas de vida y de relación con el presbiterio y con los laicos, que subrayen esta dimensión. La comunidad no es un puro imperativo ético; antes que exigencia, es un modo de realización personal en el plano humano y eclesial.

Habéis heredado una Iglesia excesivamente clerical. Es tarea vuestra el hacerla más laical. Educar en la corresponsabilidad no es sólo ni primariamente un modo de responder a la escasez de vocaciones presbiterales, sino una manera concreta de reconocer y promover la «plena ciudadanía» y la misión irremplazable del laicado en la Iglesia. Contáis con muchos adultos laicos que colaboran con vosotros: ¿Tenéis tantos laicos adultos en vuestras parroquias? Formarlos en la fe, en la eclesialidad y en la laicidad; educarlos para ser responsables de grupos y actividades, ¿no es esto más propio de vuestra vocación presbiteral que la atención directa, a veces extenuante, a todos y cada uno de vuestros grupos parroquiales? ¿No habéis de practicar en mayor medida una pedagogía de la responsabilización, que es la única que puede ofrecer a la Iglesia un verdadero laicado suficientemente preparado?

No olvidéis que «la parroquia de los laicos es el mundo», la sociedad. Al mismo tiempo que seguís llamando a éstos para ministerios eclesiales en ámbitos parroquiales, no dejéis de despertar en ellos su vocación al compromiso cívico cristiano. Y sabed incluso desprenderos de valiosos colaboradores cercanos cuando la respuesta a esta vocación resulte incompatible, en la práctica, con sus compromisos parroquiales.

◆ *Los Obispos*

64. También nosotros queremos escuchar en el seno de nuestras Iglesias, como discípulos del Señor, la llamada del Espíritu a nuestra propia conversión. Somos conscientes de que, por razones teológicas y sociológicas, somos signo especial para nuestras Iglesias y para la sociedad. Ello nos obliga a ser los pri-

meros evangelizadores y los primeros promotores de comunidad. Débiles y pecadores como vosotros, no siempre estamos a la altura de esta misión y necesitamos, por ello, el perdón y la comprensión del Padre y de la comunidad cristiana.

Creemos que Jesús nos invita en esta Cuaresma a dedicarnos con más ahínco a alentar el espíritu comunitario, que a organizar nuestras Iglesias. Queremos ser más pastores que administradores. Discernir el innegable movimiento comunitario que está brotando en nuestras diócesis y promover los vínculos de unidad dentro de las mismas, han de ser tarea prioritaria de nuestra preocupación pastoral. Aceptar de buen grado, como obra del Espíritu, la variedad interna de nuestras Iglesias y conducir las a la unidad deseada por el Señor debe ser objeto creciente de nuestros desvelos. Potenciar los lazos de fraternidad efectiva con otras diócesis y con el Obispo de Roma, que es «principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad así de los Obispos como de los fieles» (*Lumen gentium*, 23), evitando así localismos y cantonalismos eclesiales, será un quehacer al que nos dedicaremos con empeño.

Si nuestras Iglesias han de mirar más al Señor y a la sociedad que a sí mismas, los Obispos habremos de ser los primeros en ofrecer este testimonio. Procuraremos vivir atentos a los acontecimientos de nuestra comunidad humana y seguir ofreciendo con afecto y con libertad evangélica, el servicio, no siempre exento de penalidades, de una palabra esclarecedora y estimuladora nacida de la fe.

Muchas veces tenemos, en nuestra vida episcopal, la experiencia viva de que la misión que se nos ha confiado, desborda, en esta sociedad difícil, nuestras capacidades y posibilidades. Os invitamos a todos a compartir, desde vuestro puesto eclesial, nuestra carga, pesada y ligera al mismo tiempo. Esperamos que los consejos diocesanos de presbíteros, de religiosos y de laicos existentes en nuestras respectivas diócesis nos ayuden a asumirla de manera más plena y acertada.

• ***Instituciones eclesiales***

◆ *La familia*

65. La familia creyente no es puramente una institución cívica. Es asimismo una institución eclesial. El Concilio la denominó «Iglesia doméstica» (*Lumen gentium*, 11). Como célula de Iglesia está llamada a constituir una comunidad de fe, en cuyo seno se desarrolle ya una primera acción evangelizadora.

La familia creyente ha de sentar las bases comunitarias y evangelizadoras de la nueva generación que surge de ella. Ante todo los padres habéis de velar porque ella sea la primera escuela de actitudes comunitarias para vuestros hijos, llamados a ser, al mismo tiempo, miembros activos de la Iglesia y ciudadanos solidarios de su pueblo. El amor al ser humano «por lo que es y no por lo que tiene... por sí mismo y no por el placer o utilidad que puede procurar» (Juan Pablo II). El respeto de la vocación de cada cual, el ejercicio de la autoridad unida de ternura, el diálogo generacional, el compartir trabajos, preocupaciones y proyectos... son actitudes que los hijos asimilan por ósmosis en una familia au-

ténticamente comunitaria. Cuidad que sea la vuestra una familia «abierta», en la que resuene y se acoja el eco y la situación de la sociedad. No os dejéis atrapar por las preocupaciones familiares hasta el punto de ofrecer a vuestros hijos una imagen de adultos desconectados afectivamente de los problemas de la sociedad y de la Iglesia. El mejor medio para educar su sentido comunitario es el testimonio de un compromiso cristiano activo en vuestro entorno extrafamiliar y la acogida calurosa, no recelosa, de los compromisos, adaptados a su edad, que ellos vayan asumiendo.

Sed, asimismo, evangelizadores en la familia, «los primeros educadores de la fe con (vuestra) palabra y vuestro ejemplo» (*Lumen gentium*, 11). Una iniciación temprana a la experiencia religiosa en edades en que se están gestando las estructuras básicas de la personalidad de vuestros hijos es, de ordinario, indispensable para posibilitar una ulterior adhesión más personalizada de vuestros hijos a la fe de la Iglesia en que fueron bautizados. No declinéis este cometido en las instituciones educativas a las que los enviáis. Es tarea vuestra. No podéis cumplirla sólo «por delegación». Vemos por ello con esperanza las experiencias de «catequesis familiar» que surgen en muchos lugares. Pedid a la Iglesia los servicios que necesitéis para impartirla adecuadamente.

◆ *Las instituciones educativas eclesiales*

66. La escuela cristiana consolida los cimientos de la primera socialización y evangelización efectuadas en la familia. Dotada de un equipamiento docente y educativo más elaborado, su tarea consiste en extender y profundizar el campo de conocimientos y actitudes interiorizados en el medio familiar.

A los institutos religiosos dedicados a la educación, queremos expresaros públicamente nuestro reconocimiento por la ingente tarea que realizáis en medio de no pocas dificultades y problemas. Estamos persuadidos de que estáis prestando un servicio social y eclesial inapreciable y no suficientemente valorado.

La comunidad educativa que estáis formando con padres, educadores y alumnos ha de albergar la noble ambición de crear un clima de corresponsabilidad y de relaciones mutuas verdaderamente fraternas. Ella brinda a sus miembros la plataforma de un compromiso, a la vez eclesial y cívico, importante. La escuela cristiana, por serlo, ha de aspirar a promover en el seno de sí misma unas estructuras y un ambiente de participación.

Fieles al carisma vocacional que inspiró el nacimiento de vuestro propio instituto religioso, procurad acoger en vuestros colegios en la máxima medida posible, a los hijos de los más desheredados. Ellos son vuestra mayor riqueza. Reclamad de la sociedad y de sus autoridades el derecho a estar efectivamente junto a los más pobres. Es éste quien justifica en primer lugar las demandas que, en comunión con vuestros Pastores, habéis de formular ante la administración pública.

La escuela cristiana ha de ser espacio de diálogo de la fe con la cultura y sensibilidad actuales. Sólo así será posible forjar en los jóvenes creyentes, habitados por la cultura contemporánea, una unidad interior. Ayudadles a discernir

en cristiano los criterios, las actitudes y los comportamientos vigentes en nuestra sociedad. No desfallezcáis en la oferta limpia y respetuosa de nuestra fe a las jóvenes generaciones. Educadlos en las actitudes comunitarias y estimuladles a una valiente confesión de su condición cristiana en medio de su generación.

◆ *Instituciones asistenciales de la Iglesia*

67. Las congregaciones religiosas que regentáis –o al menos gestionáis–, instituciones dedicadas a enfermos o a ancianos, podéis y debéis ofrecer a vuestros asistidos y a la comunidad eclesial y humana un preclaro testimonio de amor gratuito y abnegado. Ancianos y enfermos son muy débilmente valorados en nuestra sociedad utilitaria. Mostrad con vuestra dedicación que son «los primeros» para vosotros, y ayudadnos a comprender que han de serlo para toda comunidad cristiana que se precie de este nombre. Vuestra entrega a ellos es, aun antes que un acto de amor, un acto de fe: un reconocimiento de la presencia escondida del Señor doliente entre nosotros.

Cuidad de que vuestra entrega no sea pura ni primariamente profesional. Las nuevas circunstancias y estructuras sanitarias de la sociedad acentúan de tal modo vuestro estatuto profesional, que pudieran debilitar vuestra conciencia de estar cumpliendo una misión eclesial de servicio a una parcela humana necesitada de vuestra ayuda, de vuestra cercanía y de vuestro testimonio de esperanza cristiana. No os contentéis nunca con ofrecer lo estipulado por un contrato de trabajo. Sed testigos privilegiados del amor de Dios que da de sus bienes generosamente.

◆ *Parroquias*

68. El rostro comunitario de nuestras parroquias debe ir borrando la imagen excesivamente burocrática que aún ofrecen para muchas personas, sobre todo alejadas. El talante evangelizador debe ir desplazando el «olor a cerrado» que aún despiden algunas parroquias.

Cuidad el carácter comunitario de vuestras celebraciones, y no permitáis que lo empañen los intereses individualistas o grupales que pretenden aislarse de la comunidad para vivir «a puerta cerrada» las acciones litúrgicas como el Matrimonio, el Bautismo, la Primera Comunión, etc.

Es importante que los diversos grupos parroquiales se conozcan mutuamente, estén unos al corriente de las actividades de los otros. «El ojo no puede decir a la mano: no te necesito» (1 Co 12,21). Es necesario que todos ellos se sientan embarcados en una tarea común, aunque diversificada. Bastantes parroquias han iniciado encuentros periódicos de todos sus grupos. La oración compartida, la información mutua, la crítica fraterna y humilde, el clima familiar y la fiesta hacen de esos encuentros lugares de comunión. Vemos con alegría iniciativas de este estilo. Promovedlas con tesón y tacto.

Los consejos pastorales parroquiales deben, allí donde sean posible, ser órgano privilegiado para el ejercicio de la corresponsabilidad. Muchas parroquias han creado y puesto en marcha esta institución. Muchas otras no lo tienen todavía. Y aún allí donde existen no han alcanzado en bastantes ocasiones la

madurez y vitalidad deseables. La falta de claridad en sus cometidos, los viejos usos poco participativos de algunos presbíteros, la relativa pasividad y «docilidad» de algunos de sus miembros, la voluntad de trasponer literalmente a las estructuras eclesiales el «modelo democrático» civil por parte de otros miembros, y la poca experiencia de diálogo y de trabajo ordenado, pueden ser la causa de este deficiente funcionamiento.

Bastantes alejados se acercan ocasionalmente a la parroquia en demanda de determinados servicios, sobre todo, sacramentales. Es urgente la creación de plataformas parroquiales de acogida para ellos. Estos encuentros deben ser proyectados en clave evangelizadora. Constituyen una ocasión propicia para recoger sus reservas ante la fe o la Iglesia, interpelarles acerca de su situación de abandono y mostrarles un rostro más vivo y más abierto de la comunidad parroquial.

Las mismas celebraciones litúrgicas, que congregan a tantas personas débilmente cristianas (matrimonios, primeras eucaristías, funerales), ¿no deberían ser concebidos y realizados en una clave más misionera? ¿No podrían ser estas celebraciones un momento para anunciar el «kerigma», partiendo del nivel de fe bajo o inexistente de muchos asistentes? ¿No será posible llegar a estas personas que, muchas veces por compromisos sociales, se acercan tal vez en unas cuantas ocasiones al año a la liturgia parroquial?

Todavía hay un grupo de creyentes cuya atención más cuidada debería preocuparnos. Son personas de práctica cristiana, e incluso a veces de militancia eclesial, que en la actual situación democrática han adquirido compromisos cívicos a diversos niveles. La lucha diaria en estos frentes irá amortiguando su inspiración cristiana e incluso alterando poco a poco sus contenidos éticos, si no buscan o encuentran en ambientes eclesiales un riego de su fe. La Eucaristía dominical les es necesaria, pero no suficiente. Para poder ejercitar la autocritica de las organizaciones en que militan, para defender los valores humanos que en ellas se pisotean con frecuencia, para ser agentes de comunión y de tolerancia, para despertar la esperanza cuando el grupo vive situaciones críticas, necesitan algo más. Hay bastantes que añoran ese algo y hay también quienes lo buscan. Acompañar a estos cristianos desde la parroquia es un servicio a su fe y una manera excelente de asegurar la presencia del fermento cristiano en la sociedad.

♦ *Seminarios diocesanos*

69. Una Iglesia que crece en su conciencia de comunidad evangelizadora, requiere un tipo de presbítero que sepa promoverla. Postula, en consecuencia, un tipo de seminario que lo labre. Una verdadera experiencia comunitaria es mucho más que convivir y crear un clima respirable e incluso grato. Nuestros seminaristas, ¿estáis viviendo, a vuestra medida, una experiencia comunitaria que se contrasta frecuentemente con el modelo comunitario del Nuevo Testamento? ¿Vivís ya la corresponsabilidad, aun en el plano de lo económico, en vuestras residencias y equipos? ¿Vais iniciándoos progresivamente en tareas específicas y rigurosamente evangelizadoras que os confronten con la increencia, la hostilidad a la Iglesia, la indiferencia religiosa, la confusión ideológica de muchos? ¿Estáis adquiriendo una fe viva y un temple recio y austero para soportar el escándalo del silencio de Dios en el mundo? ¿Testificáis ya desde ahora sin com-

plejos vuestra fe, vuestra vinculación eclesial, vuestra decisión –locura para muchos– de ser presbíteros?

◆ *Curias diocesanas*

70. Toda la curia está orientada más o menos inmediatamente a promover la comunidad evangelizadora. La curia pastoral es un servicio del Obispo a la Iglesia local, encaminado a dinamizar, orientar y unificar la acción pastoral en la base. Queremos pedirnos a todos los organismos que componéis nuestras curias diocesanas que la clave «comunidad evangelizadora» penetre toda vuestra actividad.

Los servicios curiales de evangelización y catequesis habréis de ir asumiendo, cada vez con más intensidad, desde esta clave, la tarea de revisar y ofrecer materiales catequéticos. Junto a ello, habréis de ser portadores de este espíritu en vuestros encuentros territoriales con presbíteros, religiosos y laicos, ofreciendo contenidos y enfoques más comunitarios y más misioneros. Debéis colaborar, también, en el descubrimiento de la dimensión política de la fe y en la sensibilización y educación cívico-política de las actitudes de los cristianos a través de vuestras publicaciones y grupos de trabajo. Sería, también, sumamente deseable, que formularais en qué ha de consistir el enfoque social que ha de hacerse presente en todo proceso catequético y elaborarais los contenidos fundamentales que han de incorporarse a dicho proceso.

Los responsables del área celebrativa recibís el encargo de descubrir y develar a parroquias y comunidades las potencialidades aun no explotadas que ofrece la celebración cristiana en esta misma clave. E, igualmente, las maneras concretas de cómo pueden plasmarse dichas potencialidades.

En concreto las «Cáritas diocesanas», al tiempo que proseguís en vuestra laudable tarea asistencial, debéis esforzaros en ensanchar el campo de iniciativas y realizaciones orientadas a la promoción humana. La adecuada formación de los cuadros de las Cáritas parroquiales y zonales será una inestimable aportación para mejorar el estilo comunitario y evangelizador de nuestras comunidades locales.

Los Secretariados Diocesanos de Misiones habéis de ser, por vuestra parte, constantes promotores de la catolicidad de nuestras Iglesias diocesanas. A vosotros corresponde velar porque nuestro dinamismo evangelizador sea verdaderamente universal. De este modo nos ayudaréis a renovar la vitalidad de nuestras comunidades locales.

CONCLUSIÓN

La comunidad evangelizadora, don de Dios

71. Del mismo modo que la desunión es pecado, la comunidad evangelizadora es gracia. No es puro fruto de nuestro esfuerzo, de nuestros programas, de nuestras instituciones. Es el amor recibido de Dios el que «se derrama en nuestros corazones y nos hace llamar a Dios Padre» (cfr. Rm 5,5; 8,15) y a los hombres hermanos. Si el Señor no edifica la casa de la comunidad, en vano nos cansamos los constructores (cfr. Sal 127,1).

Animado de esta persuasión, Jesús oró por la unidad de los creyentes y porque esta unidad fuera evangelizadora (cfr. Jn 17,23).

La fuerza de Dios, constructora de comunidad evangelizadora, se encarna en la palabra, que escuchamos sobre todo en asamblea (1 Jn 1,3), y en la Eucaristía, alma y centro de la unidad cristiana (1 Co 12,4). Es la Iglesia quien hace la Eucaristía, es la Eucaristía quien construye la Iglesia. Y esta sangre «derramada por todos» ensancha y extiende la comunidad eclesial y abre camino en el mundo al Evangelio, que es «fuerza de Dios para la salvación de todo aquel que crea» (Rm 1,16).

Trabajar por convertir a la Iglesia en comunidad evangelizadora y orar porque lo sea, son dos tareas que en el fondo se reducen a una: prestarse al Señor para que Él construya su Iglesia. No debemos olvidarlo quienes preocupados por librar la heredad del Señor podemos tener la tentación de no orar suficientemente al Señor de la mies.

La contradicción y la cruz, herencia de la comunidad evangelizadora

72. Una comunidad evangelizadora, como heredera de la comunidad de Jesús, está sometida al destino del Señor. Contradice los poderes e intereses de este mundo y suscita su agresividad. Choca con la suficiencia o indiferencia humanas. Se encuentra hoy ante dificultades objetivas de orden colectivo que acentúan la «dura cerviz» del ser humano y le hacen más difícilmente permeable a su influjo salvador. Ser comunidad que evangeliza equivale, por tanto, a producir extrañeza y escándalo. La comunidad cristiana está muchas veces tendida entre el silencio de Dios y la extrañeza y hostilidad del mundo. Y ha de estar preparada en todo momento para afrontarlos desde la fe inquebrantable en su Señor.

Comunidad evangelizadora, comunidad evangelizada

73. Ningún evangelizado puede abstenerse de evangelizar. Pero, recíprocamente, ningún evangelizador puede dispensarse de ser continuamente evangelizado. La razón del débil empuje evangelizador de las comunidades, ¿no reside en que están ellas mismas insuficientemente evangelizadas? Los pecados de la Iglesia, que hemos descrito en la segunda parte y otros a los que no hemos aludido, son señales de este «déficit» de evangelización. Cuando esto ocurre, la

comunidad se quiebra, el anuncio se debilita, el testimonio se oscurece, el compromiso transformador se amortigua y la denuncia corre el riesgo de convertirse en excesivamente cautelosa.

La Cuaresma, tiempo de evangelización para la misma Iglesia

74. El «tiempo favorable» de la Cuaresma es un momento privilegiado en el que la Iglesia toma más viva y lúcida conciencia de las faltas en su condición de evangelizada y se apresta a convertirse al Señor con la ayuda del Espíritu para fortificar de este modo su testimonio evangelizador.

«Ojalá escuchéis hoy su voz; no endurezcáis vuestro corazón» (Sal 95,7-8). Corren tiempos difíciles en los que no podemos permitirnos el lujo de diferir nuestra conversión. No dejemos a un lado lo más importante con la excusa de atender a lo más urgente. Acojamos la salvación como María, la primera evangelizada y la más estrecha colaboradora de su Hijo en la tarea evangelizadora. Ella está en medio de la comunidad cristiana, como lo estuvo en aquella primitiva que esperaba al Espíritu de Pentecostés.

Nuestro camino cuaresmal de conversión tiene una meta: la Pascua. Ésta reviste en el presente año la particularidad de inaugurar el Año Santo de la Redención anunciado recientemente por el Papa. El recorrido cuaresmal nos preparará a vivir el misterio pascual con mayor profundidad. Y Pascua tras Pascua nos acercaremos a aquella definitiva en la que la comunidad cristiana será, ya para siempre, plenamente evangelizada.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
16 de febrero de 1983
Miércoles de Ceniza

- ✠ **José María**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Luis María**, Obispo de Bilbao
- ✠ **José María**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **José María**, Obispo de Vitoria
- ✠ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao